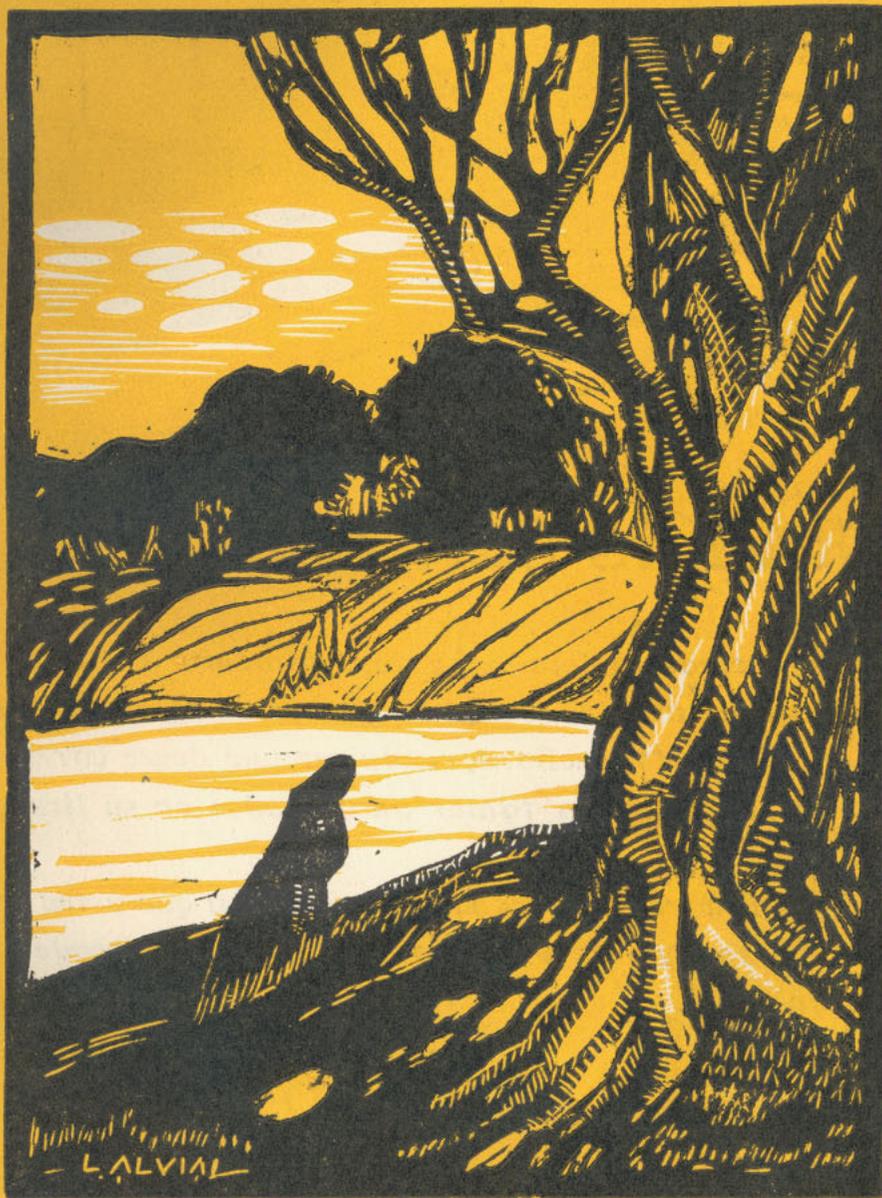
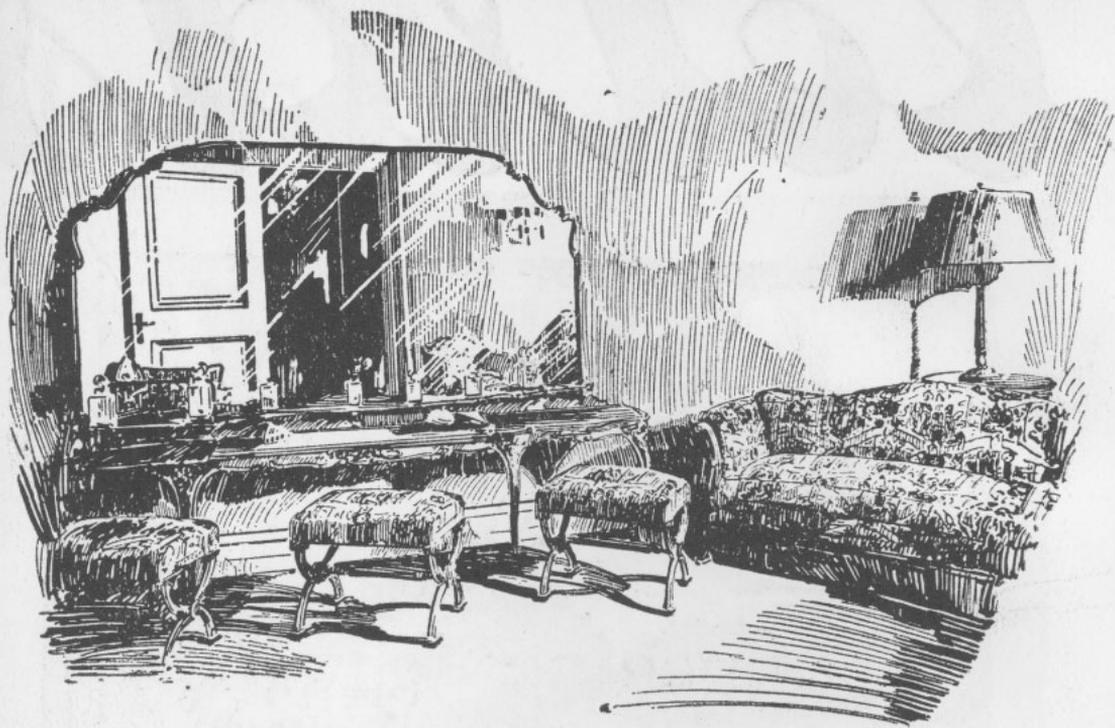


# Letras



Santiago Chile,  
Año II - Núm. 18

Marzo de 1930  
60 ctvs. :::::



## *PARA LAS SENORAS.....*

*hemos instalado un departamento de toilette en el piso bajo de nuestro Salón de Ventas de Plaza de Armas.*

*Visítelo, señora, cada vez que desee corregir un detalle de su toilette o tomar un descanso en su jira por el centro.*

*Tendremos verdadero agrado en que usted lo frecuente y disponga de él como si fuera una dependencia de su propia casa.*

*COMPañIA DE TRACCION  
y ALUMBRADO DE SANTIAGO*

*Ahumada y Compañía.*

# Savoy Hotel

ANEXO

Ahumada 165

Casilla 2791

Hotel de Lujo  
Distinción y Elegancia

60 piezas instaladas  
con todo confort

Baños, Teléfonos  
y Calefacción Central en  
todas las piezas.

Regia Orquesta  
a los Aperitivos y Té.

GRILL ROOM  
Servicio a la Carta.

# Biblioteca a \$ 0.80 el número

## Colección Universal

La biblioteca más económica y completa

**ABARCA EL ORBE LITERARIO**

Números publicados en la

**Segunda Epoca**

**Cada número \$ 0.80**

José Ortega y Gasset.— Notas . . . . .	1001-02	Chejov. — La señora del perro y otros cuentos . . . . .	1071-73
Santa Teresa. — Su vida. T. I. . . . .	1006-08	Shakespeare.— La doma de la bravia . . . . .	1074-75
—Su vida T. II . . . . .	1006-08	Fromentin (E.). — Domingo . . . . .	1076-78
Shakespeare. — A buen fin no hay mal principio . . . . .	1009-10	Shakespeare.. Mucho ruido y pocas nueces . . . . .	1079-80
Poe (E.). — Aventuras de Arturo Gordon Pym . . . . .	1011-13	About (E.) — La novela de un hombre de bien. T. I . . . . .	1081-83
Goethe.— Afinidades electivas. T. I . . . . .	1014-15	Shakespeare. — La primera parte del rey Enrique IV . . . . .	1084-86
Afinidades electivas T. II . . . . .	1016-17	About (E.)— La novela de un hombre de bien. T. II . . . . .	1087-88
Ande Gobineau.— Renacimiento. T. I . . . . .	1018-19	Shakespeare. — La segunda parte del rey Enrique IV . . . . .	1089-91
Renacimiento. T. II . . . . .	1020-21	Wakatsuki.— Tradiciones japonesas . . . . .	1092-93
Renacimiento. T. III . . . . .	1022-23	Shakespeare.— La vida del rey Enrique V —A nuestro gusto . . . . .	1094-95
Renacimiento. T. IV . . . . .	1024-25	Alejandro Dumas.—De París a Cádiz (Viaje por España). T. I . . . . .	1096-97
كتور Malot. — Sin familia. T. I . . . . .	1026-29	Erekman Chatrián. — Cuentos de orillas del Rhin . . . . .	1100-01
Sin familia. T. II . . . . .	1030-33	Shakespeare. — La primera parte del rey Enrique VI . . . . .	1102-03
Calderón.— La vida es sueño . . . . .	1034-33	Alejandro Dumas. — De Madrid a Cádiz (Viaje por España) T. II. . . . .	1104-05
so de Molina.— Los Cigarrales de Toledo. T. I . . . . .	1036-37	Shakespeare. — La segunda parte del rey Enrique VI . . . . .	1106-08
Los cigarrales de Toledo. T. II . . . . .	1038-40	Alejandro Dumas.—De París a Cádiz (Viaje por España). T. III . . . . .	1109-10
pe de Vega.— La Dorotea T. I . . . . .	1041-43	Shakespeare. — La tercera parte del rey Enrique VI . . . . .	1111-12
Antonio y Manuel Machado. — Julianillo Valcárcel o Desdichas de la fortuna . . . . .	1046-47	Alejandro Dumas. — De París a Cádiz (Viaje por España). T. IV y último . . . . .	1113-14
stolevsky.— Stepanchikovo. T. I . . . . .	1048-49	E. Poe.— Cuentos fantásticos . . . . .	1115-18
Stepanchikovo. T. II. . . . .	1050-51	Shakespeare. — Timón de Atenas . . . . .	1119-20
ethe.— Campaña de Francia. T. I . . . . .	1052-53		
—Campaña de Francia. T. II . . . . .	1054-55		
Lope de Vega. — La discreta enamorada Calderón de la Barca.— Guárdate del agua mansa . . . . .	1056-58		
Stendhal.— Vida de Napoleón. T. I . . . . .	1059-60		
— Vida de Napoleón T. II . . . . .	1061-62		
Shakespeare.— Tito Andrónico . . . . .	1063-64		
Lope de Vega. — Peribáñez y el Comendador de Ocaña . . . . .	1065-66		
Goethe.— Egmont . . . . .	1067-68		
	1069-70		

# Librería

# SALVAT

Barcelona-Santiago

Casilla 2326 — Teléf. 84734 — Agustinas 1043.

SANTIAGO.

El mejor surtido de libros en la mejor librería.

# l e t r a s

revista de arte y literatura

EDITORES:

librería **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

REDACTAN:

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA,  
SALVADOR REYES,  
MANUEL EDUARDO HUBNER,  
HERNAN DEL SOLAR

CASILLA 2292.

60 CTS.

AÑO II — Santiago de Chile, Marzo de 1930 — Núm. 18

## 15 minutos con amanda labarca hubertson

Para llegar hasta Amanda Labarca Hubertson hay que atravesar una atmósfera cargada de signos aritméticos. Las máquinas calculadoras tijeretean el aire; las de escribir picotean los gramos de tiempo que arrojan los grandes relojes. Se suben escalas lustrosas hasta la oficina de "La Información", revista de la Caja de Crédito Hipotecario que Amanda ha estado dirigiendo, y allí ya es otra cosa: allí hay un remanso donde las cifras comerciales no penetran, permaneciendo afuera impotentes, runruneando, como zancudos ante una rejilla invisible.

Hubiera sido grato conversar con Amanda Labarca más de 15 minutos, y en un ambiente más sosegado. Pero ella dispone apenas de tiempo. Habla de prisa. Yo trato de tomar notas mentales, temiendo traicionar, al escribirlas, sus palabras siempre exactas y claras. Responde a mi primera pregunta:

—¿Cuál tendencia novelesca le interesa más: la nacionalista, la imaginativa, la real?

—No. Ninguna de estas tendencias me satisface. Lo que me impresiona más intensamente en la vida humana no es el ensueño, la tragedia, la aventura o el romance individual, es la repercusión que los grandes movimientos mundiales tienen en una vida cualquiera. Tome usted, por ejemplo, la guerra. ¡De cuántos seres a nuestro alrededor ha dislocado la vida! No tenían nada que ver con ella. Ni sabían que podrían enredarse sus existencias con la de aquella marejada, y, sin embargo, fueron llevados, arrastrados y desorbitados por ella. Esa repercusión que tiene algo de lo que los griegos denominaron el destino, me fascina como objeto novelesco. La dificultad para expresarlo está en que generalmente sus proyecciones no caben en una novela. La vida moderna es demasiado compleja, rápida, intercrucada de influencias para que pueda sintetizarse en trescientas páginas.

—¿Por qué en tanto tiempo no ha publicado ninguna obra?

—Ya tiene usted con lo anterior respondida su pregunta — indiscreta —. Porque lo que yo deseo escribir es muy difícil, y me encuentro demasiada desprovista de dones, — no se ría usted porque no voy a caza de piropos —, para escribir lo que yo ansío. Y lo demás no me se-



Amanda Labarca.

duce. El afán de superación, de excelsitud, de lo imposible, es lo que ilumina a la juventud, y lo que resta fuerzas a la edad madura. ¡Ya ha aprendido uno las dificultades!

—¿Cuál es el impulso que la hace escribir?

—¿El impulso que me hace escribir? Expresar esta manera de sentir mía personal. ¿No cree usted que dentro de la vieja y monótona naturaleza humana, cada cual trae un acento de comprensión diversa? Pues, eso, lo que es sólo, lo que es mi ecuación mía única, eso querría expresar, si pudiera...

—¿Ha escrito usted versos?

—¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Quién no tiene ese pecado en su haber! No los he publicado, porque no los he escrito para el público. Son modos de libertarme de sentimientos de intensidad opresora. Ni sé siquiera si son arte. ¿Buenos, malos, mediocres desde el punto de vista artístico? No sabría decirlo.

Lo que escribo con mucho placer, es drama. No he publicado ni hecho representar nada; pero tengo más de una comedia entre mis papeles. Me expreso más libremente cuando tengo a mi disposición ese instrumento orquestal que son los "dramatis personae".

La complejidad que presencia en la vida, y que me apasiona, ese oscilar de las existencias pequeñas ante la fuerza de los grandes movimientos mundiales, creo que es más fácil de ser llevado al drama que a la comedia. Por lo menos por allí estoy ahora buscando mi camino.

—¿...?

—¿Publicar?. No. No me interesa publicar. Si yo hubiera esperado dos o tres años, después de cada una de las obras que he publicado; dos o tres años para que se hubieran alejado de mi recuerdo y hubiera podido mirarlas con perspectiva y como cosa ajena a mí, nos las habría dado al público. Ninguna me satisface.

—¿Sus autores preferidos?

—Creo que, en conjunto, los escritores que me han impresionado más, son los viejos ingleses de hoy. Wells, Galsworthy, Bernard Shaw. ¿Ha leído usted una de las últimas novelas de

Wells, titulada "El mundo de Willima Clifford? Muy aburrida. Muy frondosa. Y, sin embargo, con un concepto de novela extraordinariamente interesante. ¿Cómo entiende la vida un hombre de sesenta años? ¿Cómo repercuten en él los acontecimientos?..."

—Y ahora, Amanda, la última pregunta: ¿Qué piensa usted de la situación del escritor en Chile?

—Creo que el oficio de escribir desarrolla más que cualquier otro el individualismo, y acarrea una gran rivalidad entre la gente de letras. Esta es la razón por la cual vivimos en perpetua separación, en constante desconocimiento y lucha unos con otros. Así resulta que los escritores no significan nada en la vida del país, están al margen de todo movimiento social, de toda acción cívica. Y esto es lamentable y pernicioso para nosotros mismos. Debemos dejar a un lado nuestras rivalidades, nuestras rencillas para tratar de unirnos, para llegar algún día a que el escritor sea tomado en cuenta en la vida nacional chilena, como ocurre en otros países.

Muchas preguntas se nos vienen a los labios, pero Amanda Labarca tiene mil cosas de qué ocuparse. Mientras ha estado hablando ha ido abriendo paquetes de pruebas que le manda la imprenta. Afuera los relojes vigilan a los empleados que pastorean largas columnas de números. Nosotros nos despedimos, y Amanda, cordial y dinámica, sale a dejarnos hasta la puerta de su oficina.

S. R.

## el estadio y lo extraordinario

Pasarse un día entero en un estadio, en primavera, en verano o en otoño, lanzado en el agua y tendido al sol, disparando la bala, el disco y corriendo en la elipse, conforme a la órbita de sus fuerzas, después de haber comido como hombre, digamos frutas, carne de ternera y bebido vinos y cerveza, es la pillería, la estafa mayor que puede hacerse a la vida urbana y artificiosa; a la vista de todos, a unas cuantas cuadras de la ciudad. Es lo excepcional y lo normal. Lo extraordinario.

Ir a las playas, a las huertas y las quintas con frutas, donde la gente va en masa a extenderse, es algo normal, pero no excepcional y extraordinario. Entra en todo eso lo doméstico, lo melencólico, lo romántico y hasta lo sucio.

Los buenos estadios son clínicas pitagóricas con un cielo y un sol destilados.

Las mujeres no en otra atmósfera son más puras, más serenas, más conscientes. Los hombres en ninguna otra parte se ven más despojados de absurdas pretensiones y más estrictamente imbéciles.

El estadio es un hogar donde el agua de baño y el sol son un concepto y una creencia demostrados, palpables, que se adhieren a la piel y al entendimiento, sin transi-

ciones, sin etapas ubicadas entre esos instantes y la ciudad, sin evolución. El único desdoblamiento físico brusco y evidente de que es capaz el hombre urbano. A las puertas del estadio esperan los automóviles, las calles, las otras mujeres y los conceptos comunes: los valores. Dentro se aflojan las energías convencionales y se opera la inmersión serena de las fuerzas orgánicas y del pensamiento; mientras el sol trabaja en la pigmentación de las células.

Las mujeres, en el agua y bajo el sol, tan diversas entre sí, ofrecen al hombre el espectáculo de la mujer universal, con aquellos atributos extraordinarios, los senos, las caderas, las piernas, el vientre, las espaldas; líneas destinadas a dar fealdad a los cuerpos, y que, sin embargo, nos sobrecogen de belleza, porque hemos gustado del sexo. Los pies blancos y suaves de una mujer, saliendo del agua, de tamaño tan reducido, que desproporciona las líneas de su cuerpo, me hace pensar en otra secreta proporción anatómica que habie directamente a los sentidos...

Un instante vivido en un estadio (nada tiene que hacer con los veraneos) puede valer una existencia. Y cuánto más no podrá ser un día entero... y todo un verano!

# JUAN GUZMÁN CRUCHAGA

La evolución que Juan Guzmán Cruchaga muestra en sus últimos poemas, no es de aquellas que traicionan una personalidad. Porque es muy frecuente encontrar por ahí poetas "totalmente renovados", o sea que, por creerse en la necesidad de estar al día, se han metido dentro de una personalidad falsa que, la mayoría de las veces, ni siquiera es personalidad.

El caso de Juan Guzmán Cruchaga es diverso. Ha cambiado, pero siempre en un tono, siempre dejando a su poesía la raigambre de emoción cristalina, que la sostuvo desde su primer libro. Esto es, verdaderamente, lo que se llama una evolución y no un salto mortal, para ponerse a la moda.

La obra de Guzmán está definida en un tono de sutilidad, de elegancia y serena melancolía. Sus versos mecen sentimientos íntimos, claros estados de alma, en los cuales la nota dolorosa se desliza sin romper el armónico conjunto. Poemas suyos hay que quedarán como modelos de este género: "Alma, no me digas nada"... "Otoño" y tantos otros.

Los poemas que reproducimos en estas páginas pertenecen a su libro próximo, libro que en parte recoge las sensaciones del viajero, del hombre que ha recorrido medio mundo y que siempre está en camino.

Juan Guzmán Cruchaga es un gran poeta, un gran poeta dueño de una obra original y perdurable.

S. R.

## ISLA

El anzuelo de mi pregunta  
cogió tu frase temblorosa:  
"Debería vivir contigo  
lejos de todo, en esa roca,  
separada por tres anillos  
de distancia, de mar y sombra".

En un puerto frío del norte  
se te caen al mar las horas.  
Las mías tejen pesadumbres  
y sonríen cuando te evocan.

A veces pasan mis recuerdos  
junto a la isla misteriosa;  
el guardafaro alza los ojos  
y cree que son las gaviotas.

## LA PIPA

Entre los viejos árboles de Natham Road  
me arrastra la pipa soñando humo.  
Basta para mi noche  
su lumbre amarilla y redonda;  
de labios marineros  
vino a los míos tristes  
y desde entonces me conmueve  
su lealtad de lazarillo;  
deja en mis manos  
calor de seno pequeñito y oscuro;  
su caricia tibia  
es una compañía de recuerdos  
para mí pobre invierno sin amante.

Heraldo de labios escépticos,  
vecina heroica del fuego,  
creadora de salvavidas azules  
y de manguitos para las estrellas.

A veces, viejo Almirante  
de Inglaterra, Príncipe de Cipango,  
suave Rabindranath,  
recibisteis en vuestra mirada  
la religiosa reverencia  
de mi cuerpo rebelde  
sin entender mi gesto nobilísimo.  
No saludaba vuestras canas,  
ni vuestra sangre fabulosamente pura,  
ni vuestro genio.

Mi alma, penacho negro, se inclinaba  
ante la vieja pipa de madera  
que cuelga su oferta de espirales  
en el anillo de vuestros labios  
y ante la vida indiferente,  
frágil y sin objeto  
del humo.



Juan Guzmán Cruchaga.

## ACUARIO

Sumergida en un acuario vives  
blanca y azul, desvanecida,  
enredada en algas de celos.

El no quiere que tus miradas  
caigan en las manos de los pobres.

Para que no te amargue  
yo busco un sitio conveniente;  
desde él escucho a Bach y alcanzo a ver tus ojos.

No eres la misma de otros tiempos, mal-casada;  
te han cambiado la linda cesta de picardías  
por tu collar opaco de resignaciones;  
no eres la misma que hacía cantar a los pájaros  
si en la oscuridad asomaba la mano.

Hoy tienes algo de pez herido;  
te veo, a veces, en el agua negra de tu cuarto  
vagar inconsciente y desesperada  
entre paños grises y oles de sombra.  
Pero, a pesar de todo, un poco de alegría  
cae sobre la calle  
cuando sale a flote, desvanecida,  
tu palidez en la ventana.

## QUEENIE

Otra vez tu recuerdo deja su estela  
de alas arrastradas en mis lagos  
y mi espíritu se desespera  
en su jaula transparente de hilos de lluvia.

En este invierno constante casi nunca  
pillamos la mariposa de una mañana de sol.

Si no viniera tu sombra que me salva las miradas  
y se las lleva como si fueran tu propio vestido  
sería necesario envilecerse en este pueblo  
y vivir en su aliento de cansancio.

¿Volverán los buenos días del alma  
cuando ella se mojaba los pies en la hierba recién  
[nacida  
y, alegremente, en el centro del paisaje luminoso  
jugaba a la comba con el arco iris?

## CANCION

Te he buscado, pequeña sombra,  
malabarista de mis hojas secas,  
razón de mis cinco sentidos  
para que me acompañes  
en esta soledad silenciosa y sin alas.

Ay tu amor que no pesa,  
tus manos que acarician y no encadenan  
y la sencilla entrega de tu boca.  
Eras un niño  
que da una flor, un vaso  
de leche, un jarro de agua.

Cuando las golondrinas  
traen la noche  
entibiamos las manos  
en la orasa del horizonte.

Queda la huella  
de tus sienes en mi recuerdo,  
oh mi pequeña  
sembradora de lámparas.

Te he besado en la boca  
picoteada de pájaros.  
Por eso ya no puedo olvidar la costumbre  
de presentir tus ojos, flores del agua,  
asomados  
a la orilla de mi tristeza.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA.

# cuento de niños pobres

El camino se estiraba, crepitando la tierra  
seca bajo el sol candente de la selva. De la  
montaña bajaba la noche trayendo de la mano  
al viento. Yo no sé por qué las almas de los  
niños vagabundos tienen la misma tristeza del  
viento. La cordillera fría circundaba todo el paisa-  
je. Mucho habíamos caminado. Tenía los pies  
reventados como la arcilla cocida. Las bestias  
que arreábamos, en la cuesta, maldecían al cielo  
mirando con sus ojos rasgados. —¿Habrás Dios  
para los pobres? — me preguntaba solo —. Mis  
compañeros, ya grandes, eran dulces conmigo,  
como la lluvia para la siembra. Era tan niño  
que apenas comprendía la vida delectándola.  
Iba yo alegre. ¿Qué nuevos descubrimientos ha-  
cían mis ojos al voltear cada cerro! Creía en-  
contrar el principio del mundo. Después de to-  
do, esta alegría de sentir la naturaleza y el  
cielo, como cuando uno siente, prendido de los  
senos de la madre, su ternura — vale por todos  
los sufrimientos de haber visto a otros niños  
que jugaban en los parques cargados de jugue-  
tes y dulces—. ¿Por qué cuando yo iba al parque,  
los niños se retiraban de mi lado? Se me caían  
los ojos licuándose en las lágrimas. Mamá nunca  
me pudo comprar un juguete. Miento. La  
noche de Navidad, víspera de mis 7 años, tenía  
zapatos, por primera vez. Mi alegría fué tan  
grande que mi corazón se anudó en los dientes.

Los besaba, acariciándolos entre mi pecho, y  
me quedé con ellos dormido hasta muy entra-  
do el día. Bueno, estas cosas dan ganas de llo-  
rar.

Ya al llegar al poblacho donde todas las  
casas humeaban, sintiéndose un dulce olor a ce-  
bada tostada, me lavé la cara, secándome con  
el frío. Los arrieros me señalaron la casa de la  
tía Benjamina, y uno de ellos, besándome, se  
despidió para no volverlo a ver más. Rondan-  
do el caserío estuve, alargándose el tiempo co-  
mo el camino, cuando uno espera. No me atrevía  
a gritar, tía Benjaminaaaa. Mi prima Herma-  
linda — mucho mayor que yo, entonces tenía  
13 años — me encontró sentado en el poyo, mi-  
rando la cruz en el centro de la plaza, donde su-  
pe más tarde que allí todas las noches lloran  
los muertos. Tanto fué la alegría de la prima  
que gritó: mamatina, mamatinaaa, aquí está Hui-  
pala, Huipalita. La tía salió asustada, como una  
yegua chúcara, mondando una patata, y se arro-  
jó sobre mí como mi misma madre, preguntán-  
dome con insistencia:

—¿Cómo has venido Huipalita? ¿Ha veni-  
do tu mamá? ¿Eres tú?

Tendría yo la cara buena, después de haber  
caminado a pie 5 días, que la tía lloró amara-  
mente, meciéndome entre sus faldas. Toda-  
vía recuerdo su traje de franela roja a cuadros  
negros oliendo fuerte a humo.

Aquella noche comimos muy entrada las horas. Nos sentamos en unos banquitos de madera alrededor de una pequeña mesa. Aquella noche llovía a cántaros, y el techo de paja dejaba filtrar el agua, poniendo la tía, vasijas a todas las goteras. Las paredes llenas de grietas dejaban crecer musgos, donde encontré más tarde tarántulas que las metía al fuego, reventando como los cohetes. La vela de sebo apenas podía alumbrar la mesa. Las gallinas en uno de los rincones del cuarto dormían silenciosamente, sólo de vez en cuando rasgaba el gruñido de los cerdos que dormían en el corredor, nuestra conversación, toda relacionada con la familia. De mi madre, cuyo recuerdo se me prendió como una aguja en la garganta. ¡Pobre mi vieja! Sólo más tarde comprendí la tristeza, colgado de su cara prematuramente arrugada. Y yo fui tan malo con ella, huyendo de la casa, a pesar de que me decía, besándome la cara: —No nos vamos a separar. ¡Nos vamos a morir juntos!—. Y el destino nos separó. Un día, estando ya lejos, le venció la muerte, a pesar de que nunca quiso morir. Gritó esa noche con todas sus fuerzas en el límite mismo en que nos desconoce Dios: Huipalita, yo no quiero morir. Acércate, abrázame hijo mío — decía — y cuando quiso incorporarse en la cama, cayó muerta. En sus ojos se habían grabado las caras de sus seis hijos.

Así pasaron los días, los años. La riqueza de la tía eran 7 cabras que yo pastaba en los cerros, y cuando regresaba a la casa, bailarías en mi cara la naturaleza, de habernos sacado, con otros pastores, canciones del fondo mismo del corazón. Tal era nuestra alegría, cuando no gritábamos, o reíamos hasta llorar, dilatábamos nuestros nervios arrojando, desde la plaza, como los antiguos guerreros, galgas que se precipitaban cuesta abajo. A veces los compañeros miraban fijamente como los cóndores, el desbarancamiento de las piedras, que una tras otra se estrellaban en el río que corría en el fondo, como una larga serpiente, con un sonido ronco, el mismo que se deja sentir más en las noches, sin que ninguna fuerza lo detuviera en el camino; y pensé que debe ser así el hombre, desde que viene al mundo a romper la injusticia.

En la casa Etruscha, el hijo espurio de la tía — decían los vecinos — a quien ocultaban cuando llegaba el cura, el Gobernador o algún personaje conspicuo, miraba con ojos encendidos de cólera a la tía Benjamina que le gustaba coquetear con el señor cura. ¡Yo no sé por qué los niños, al comprender, maldicen tanto la vida! Lo que hiere en la niñez se acrecienta con el tiempo, como los incendios en los bosques.

Etruscha tenía 6 años, y razonaba mejor que cualquier hombre adulto de la comarca. En el pueblo decían todos que Etruscha era para el cielo. Tan bueno que se moriría pronto. Recuerdo que me decía. Tu mamá, ¿también te ocultaba? Huipala, ¿tú no lo quieres a Etruscha? Mamá no me quiere. Cuando las gentes le dicen: doña Benja, cómo le envidio su niño. —Es mi sobrino, responde siempre—. ¿No tienes papá, Huipala? Como yo tampoco lo conocí, nos echábamos a llorar inconsolables, solos, muy solos, pinchándonos la cara con la leña que recogíamos para la merienda.

Cuántos meses fuimos hermanos, lo que es

tan difícil entre los hombres. ¡Ay, para qué hablar de la mujer!

Etruscha se entristeció mucho los últimos días. Con las manitas en el bolsillo oteaba el vacío, esperando que yo subiera. Cuando aparecía en la plaza hondeando los pájaros, corría en mi alcance y me agarraba de la mano, fuerte, y por muchas veces nuestros ojos se encontraban terriblemente.

Amarradas las cabras en el patio, dando de mamar a sus crías, nos íbamos a caminar hasta muy entrada la noche. Contábamos las estrellas, y corríamos cazando las luciérnagas. A veces nos perdíamos, era tan dulce su voz para encontrarme que los jilgueros cantaban en los quihuales.

Una tarde, Etruscha no me esperaba. Para un niño que podía ser la vida como el azúcar, estaba viendo con los ojos húmedos cómo un Pito (1) hacía su nido en el techo de paja del Cabildo donde vivíamos. Todas las mañanas oíamos el silbido agudo y trágico. Etruscha, cada día era más triste; hasta se olvidaba de dar de comer a sus gallinas, que las adoraba, y les ponía borlones de estambre en las orejas. En la casa ya no se le sentía. Cada día estaba más lejos de todos. Mi tía para curarle el corazón le daba sangre de golondrinas que agarrábamos en la torre de la iglesia.

Cuando el Pito reventó sus pichones, Etruscha murió. Murió en la tarde, cuando yo llegué. Me agarró como siempre de la mano. Me miró fijamente en los ojos, hasta que sentí frío en el alma. Y me dijo: Huipala, ¿lo quieres a Etruscha? Mamá nunca me quiso, y abrazándose de mi cuello lloró amargamente hasta que sentí su último aliento en mi boca. Cuando quise desenganchar sus manos, se le llenaron de sangre la nariz y la boca. Yo corrí ganando el viento, y tocaba la campana de la iglesia, doblando tristemente, como si fuera para mí mismo. Así llegó la noche, y Etruscha yacía entre 4 velas encendidas cubierto con el manto de la Santa María. Todas las horas de la noche, estuve a su lado con el corazón cariado. Parecía que me decía entre el oído para no molestar la blancura silenciosa de su cuerpo: ¿Lo quieres a tu Etruscha? Yo, sin poder contener las lágrimas, me abandoné para que me llevara en sus labios, entreabiertos con la primera sílaba de mi nombre. Desde entonces soy sombrío, como las costas de los mares; pero fuerte, como los nevados de mi país.

Amaneció doblando la campana, y al salir a la plaza, su sombra era la mía. El día como una cera pálida sostenía el sol, y al levantar la vista sobre el techo, ví volar los pichones del Pito. Al mediodía, cuando el sol pasó por sobre la casa, llegaron los músicos, y así nos lo llevamos para enterrarlo en el húmedo suelo de la iglesia, al pie del altar mayor, donde está Santiago, el ciego de la comarca que murió arrojado por los fantasmas, cuando doblaban las campanas a la media noche. Santiago, era bueno como un perro, y todos le lloramos.

Y nunca supe comprender por qué mi tía no lloró, y me dijo: "esta ropa es de tu mamá".

SERAFIN, DELMAR.

(1) Ave de mal agüero.

# o b r a s y a u t o r e s

## LOS CUENTOS DE GOHA.—

Elian J. Finbert ha publicado hace poco este volumen de cuentos populares egipcios, en el que se advierten de la primera a la última página una fina observación y un hondo caudal de sugerencias. F. Bonjean ha dicho que cada uno de estos relatos es un poema y, en realidad, un fuerte soplo de poesía pasa junto a los sueños y las acciones de Goha. Un universo diferente nos abre sus puertas en este libro. Entrar en él es un descanso.

## MI MADRE Y YO A TRAVÉS DE LA REVOLUCION CHINA.—

Cheng-Tcheng es un escritor chino de nuestros días que más de una vez se ha encontrado cara a cara con la adversa aventura. Pero siempre ha sabido vencerla, con la silenciosa y sonriente agilidad de los hombres de su raza. Ahora vive en París y desde su cuarto que mira hacia ruidosas calles que no le pertenecen, va reconstruyendo los paisajes y las horas que fueron suyos, al lado de su infancia.

"Mi Madre", su primer libro, fué unánimemente celebrado por la crítica. Pequeñas historias donde el Oriente entreabre su secreto.

Pequeñas historias nostálgicas, a menudo llenas de piedad, que nos cuenta un chino que conoce el Occidente y que desea para su país algunos de los adelantos percibidos en tierras blancas por su espíritu sin fronteras.

Ahora se habla de su nueva obra: "Mi madre y yo a través de la revolución china". Aquí ya no existe la antigua resignación. Los acontecimientos políticos de su patria ponen en boca de Cheng-Tcheng audaces palabras. Pero no por esto se aleja de él ese don delicado de ir tocándolo todo con manos que transfiguran y ennoblecen.

## LOS NIÑOS TERRIBLES.—

Este libro de Jean Cocteau, editado por Grasset, ha sido bien acogido por algunos críticos de prestigio verdadero. Es tal vez menos perfecto que ciertas obras anteriores suyas, pero de todos modos, representa un esfuerzo meritorio dentro de su labor. Edmond Jaloux cree que sólo un poeta puede escribir páginas tan livianas. "Una magia particular — dice — se desprende de las novelas escritas por los poetas. Estos hacen, en efecto, en la vida, una elección muy diversa a la de los escritores que podrían ser llamados prosistas de nacimiento, los cuales procuran imitar cuánto cae de inmediato bajo sus sentidos y que suponen la realidad". Lo que equivale a decir que el mundo inventado por Cocteau para los héroes de este libro permite a los lectores respirar libremente. No hay muchos críticos chilenos que aprecien las cosas de esta manera.

## UNA FRASE DE LARGO ALIENTO.—

Los escritores actuales tienen, entre otras muchas cosas, la inquietud del tiempo. Un estilo casi siempre rápido, nutrido de imágenes apresuradas que dejan entrever mil caminos, lo está demostrando continuamente.

Pero hay escritores que nada conceden a esta inquietud. Y entre ellos figura, en primer plano, Charles Peguy. Para demostrarlo nos basta traducir lo que leímos en un reciente número de "Les Nouvelles Littéraires": "En Nuestra Patria Charles Peguy ha escrito una frase de 441 li-



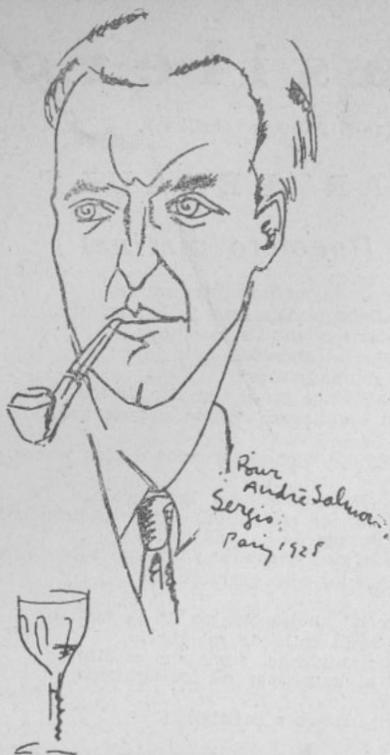
Blaise Cendrars

neas, que va de la página 13 a la página 31". No es posible negar que el literato éste se pone a escribir metido en una escafandra.

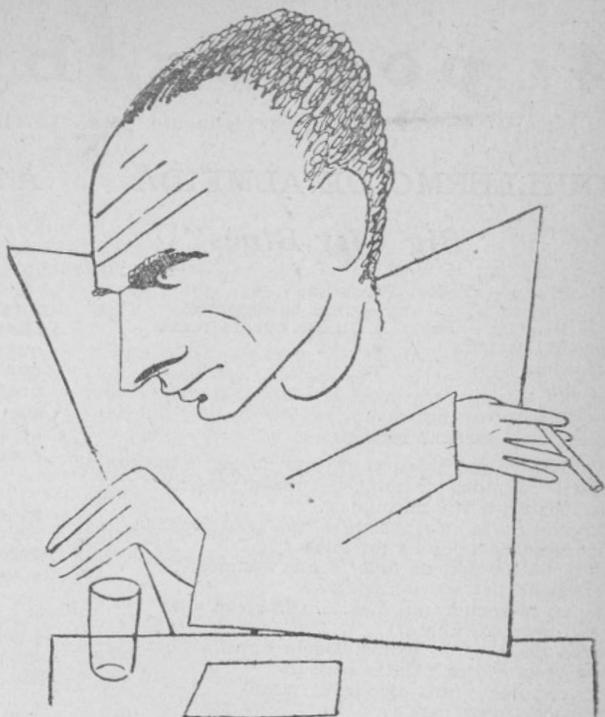
## JACQUES CHABANNES.—

Tiene menos de treinta años y ya ha escrito bastante más de lo que por estos lados se escribe en toda una vida. Y, según parece, no se trata de un escritor mediocre, deseoso de ver su nombre impreso a cada paso. Ha publicado siete novelas, un libro de versos, tres obras de teatro y anuncia para muy pronto catorce volúmenes: crítica dramática y literaria, novelas, comedias, estudios históricos y políticos. Es, además, jefe de redacción de la revista "Nuestro Tiempo" y colabora de continuo en numerosos periódicos. Realmente, semejante actividad intelectual es asombrosa.

Pero veamos al menos uno de sus libros, el último que ha publicado: Microbe. Este es el nombre de su héroe, un niño humilde, abandonado, que crece al margen de toda palabra animadora, de todo ademán afectuoso y nunca halla, entre los días, un rincón de auténtico regocijo. Se hace ciclista, participa en carreras, y al mismo tiempo que una sed de celebridad, lo conduce una energía rebelde por entre los hombres. Pero no está preparado para emitir un juicio claro acerca de las cosas. A veces siente que su espíritu desfallece y que jamás podrá vivir esa existencia que adivina en sus instantes de soledad. Sin embargo, es fuerte, no se deja arrastrar por el desaliento. Adquiere una filosofía propia, resignada. Y un buen día llega para él la hora del triunfo. Entonces, impresionado, dice en algunas frases, a sus admiradores, cuánto ha podido arrancar de la vida: conocimientos



André Salmon



Philippe Soupault

un poco vagos, circuidos de una inmensa piedad para todo. En resumen, este libro parece destinado a enseñar nuevamente que la vida es sacrificio y que todas las rutas llevan al supremo y frágil tesoro: la serenidad escondida en el propio corazón. Los críticos han elogiado esta obra de Chabannes.

#### A LA SOMBRA DE LOS MONASTERIOS TIBETANOS.—

Maurice Magre, uno de los más interesantes escritores franceses contemporáneos, prologa este libro de Jean Márques-Riviere, un estudioso del Oriente que en más de una ocasión ha demostrado su fervor por cuanto atañe a las lejanas tierras de los dioses innumerables. Se describen en estas páginas algunas rituales ceremonias que se leen con agrado y viva curiosidad. Obra llena de minuciosas observaciones y de comentarios que en ningún momento caen en la pesadez, viene a aclarar muchos puntos que hasta ahora guardaban para los occidentales su misterio calmado y crecido.

#### POETAS ITALIANOS.—

Son casi completamente desconocidos entre nosotros, los actuales escritores de Italia. En estas líneas nos referiremos a algunos poetas que han obtenido recientes éxitos.

Angiolo Orvieto es un lírico que goza en su patria de sólido prestigio. Ha publicado: "El viento de Sión", libro que imagina escrito por un poeta judío del siglo XVI — Dattilo da Montolmo; "La gaita en primavera", obra dominada por un vigoroso acento juvenil; "Las siete leyendas" y "Hacia el Oriente", versos que evocan paisajes de la India, el Japón, etc.

Otro poeta de bastante nombradía es Virgilio Giotti, que en dialecto veneciano ha compuesto sus "Caprichos, canciones e historias", libro sonoro, musical y ligero, que invita a la lectura en voz alta.

Por último citaremos a Diego Valeri, que, además de su obra "Ariel" y de su pieza en dos actos "Soregina", ha publicado un interesante estudio de poetas franceses contemporáneos, en el que analiza con clara penetración a Jammes, Gide, Guerin, Fort, etc.

#### LOS CARDS DE BARAGAN.—

En uno de nuestros números anteriores se publicó un documentado estudio acerca de Panait Istrati, el rumano que desde su primer libro se colocó entre los más grandes escritores del presente. Poco podríamos agregar en estas líneas sobre la personalidad del novelista, ya bastante conocida, sin duda, de todos los que se interesan algo por la literatura mundial. Sólo queremos referirnos a su más reciente novela, cuyo título es el que encabeza este párrafo.

La vida miserable del campesino rumano se nos muestra una vez más con sus desfallecimientos y esperanzas. La tragedia está en acecho en cada rincón, a través de los días siempre iguales. Detrás de las palabras y los actos de estos personajes que conmueven, la resignación y la rebeldía van amontonando las mañanas y las noches; pero Panait Istrati acompaña a sus héroes, en la desgracia, y tiene para ellos el refugio de su piedad, de su poesía que no se manifiesta en frases líricas sino en anchos caminos que se tienden hacia un futuro cordial y luminoso.

#### UN PROXIMO LIBRO.—

En un número anterior publicamos algunas líneas acerca de una joven escritora que posee todas las condiciones necesarias para animar deliciosamente cualquier relato. Nos referimos a Ninón de Suttner, autora de un volumen de cuentos que se imprimirá dentro de poco y significará una valiosa revelación.

# 4 poetas brasileros

(Traducido especialmente para "LETRAS", por Alberto Guillen).

GUILLERMO DE ALMEIDA

## "Big City Blues"

Noche, Tedio, Victrola.  
En el disco negro una espiral se desenrolla  
y estirase en el suelo. Y en esa cuerda tensa  
toda mi tristeza  
balancea  
y danza...

Y yo no sé por qué;  
comienzo a escribir para tí:

"Como yo pienso en tí en esta noche de insomnio!  
Allá, abajo, alba de luna, la ciudad resuena:  
la ciudad que fué mi ciudad."

Fué más no es más. Ahora es una gran saudade,  
una saudade lejos de mí mismo,  
de tí, de los dos, de todo lo que vivimos,  
por esas calles tristes, paralelas,  
que no se encuentran más... (No serán ellas  
como nosotros ahora?)

Cómo me acuerdo, amor! Desde aquella hora  
en que esos ojos pálidos rosaran  
por los míos, y mis ojos se cerraran  
un poco, como para  
retener aquella juventud clara  
que pasaba por ellos como pasa  
llena de gracia,  
la juventud a lo largo de una vida...

Más mi mano paró. De pena adormecida  
se quedó en el papel inerte en que yo escribo,  
en vez de mi amor, estos versos sin nervio...  
Mis "diablitos azules..."  
Mis pobres "big city blues..."

AUGUSTO MEYER

## Oración

La puerta se abre para el mundo claro.  
Misterio de este árbol bondadoso...  
Árbol:

cosa ruda y perfecta agarrada a la tierra,  
palma abierta en el cielo, raíz en la tierra.

Palpo la corteza del tronco  
mi mirada goza en la danza aérea del follaje.

Árbol:  
mira a tus pies el hombre de las pupilas inquietas  
y de las manos que no paran,  
vertical y andariego él mide el mundo:  
su mirada abarca la curva del azul.

¡Enseñame a brotar!  
Enseñame a enraizar,  
a quedar en la contemplación de la misma sombra  
(satisfecha).

Enseñame a subir — subir a Mí.

Claro, profundo quiero mi destino:  
que yo sea una fuerza tan bondadosa y alta  
como este árbol verde esparcido en el azul...  
Erguir los brazos bien alto y gritar mi amor!  
(Cada palabra sea un nido sobre el dolor).

Nací al melodía cuando las sombras morían,  
y las cigarras cantaban bebiendo el sol.  
Más tengo pena de la sombra.

Que yo sea una fuerza tan profunda y tan hu-  
(milde)  
como la raíz de este árbol agarrando el suelo.

ABGAR RENAULT

## Poemeto matinal

El aire de la mañana besa mi cara,  
y mi alma besa el aire leve de la mañana.  
Miro el paisaje lejano de la ciudad  
que blanquea alegremente a lo lejos;  
que sonríe humanamente  
una sonrisa blanca en el tumulto de sus casas,  
que trepan los flancos de las colinas azules y dis-  
(tantes)  
y miran por los ojos encarnados de las ventanas.

Las 7. Va a comenzar la función.  
El despertador de las sirenas agujerea líricamente  
el silencio dorado de la mañana.  
Parece que la vida despierta ahora por vez primera  
y se restriega los ojos deslumbrada.

Mi "Ford" abejea dentro de la mañana  
y sube la vieja calle de mi barrio,  
cabrioleando, bufando, fumando gasolina.  
Mi "Ford" al cabriolear en los agujeros de la calle  
(descalza)  
es un cabrito negro y prodigioso.

El aire leve de la mañana besa el radiador  
y besa mi cara.  
La infantilidad de todo mi ser  
asciende en la nubarra dorada de la mañana.

WELLINGTON BRANDAO

## La ciudad inocente

Construí mi ciudad y mi espíritu mora en ella  
y pasea entre sus canales adormecidos  
y en sus calles que son otros canales alegres  
por donde corren ondas de gente jovial y buena.

Esta ciudad fué edificada junto a las labranzas,  
y nunca ambicionó casas de más de dos pisos,  
y convive familiarmente con sus palomas domesti-  
(cadas).  
Y no se avergüenza de sus vehículos tardos y rús-  
(ticos)

que pasan cargadas de cereales y de forrajes;  
ni de los bueyes lentos, inmutables y bíblicos  
que ayudan al hombre a cargar las cosechas.  
Ni de los hombres de ropas sudosas y groseras  
que ofrecen ojos mansos, y frutas y hortalizas.

La ciudad que construí nunca se inquietó  
sino por coger la neblina que refresca sus plantas.  
Es tan inocente  
que danza y canta en la danza de sus chiquillas.

Yo sé de otras ciudades que se rien de ella  
porque ella no se espanta de sus vehículos simples,  
de sus labranzas vecinas, de sus toros peleadores,  
y de sus hombres fuertes, que huelen a campo y  
(leche).

Yo sé de otras ciudades, rumorosas y poderosas  
y del perfume que las envuelve,  
y de la voluptuosa locura que las asalta.  
Más yo amo la mía  
y sabré protegerla  
de la ironía afrentosa de esas otras ciudades  
con la inmensa fuerza de mi celo y de mi cariño.

# crónica literaria

## por tomás lago

Para diversas predilecciones, a modo bifronte, la nueva literatura afirma cada día su luz madura de arte de verano, es decir, intrascendente, y esto no porque carezca de importancia, sino porque ha adquirido su máxima gravedad en un momento en que se esperaba que ocurriría todo lo contrario. Pues había cierta lógica en suponer que a la literatura tan cargada de significado de los rusos, que fué lo que de manera más íntima cogió a nuestra generación, había de suceder sin lugar a dudas una literatura que extremara la nota.

Las formas del espíritu escapan, sin embargo, a los pronósticos de pura base sustantiva, y he aquí que la historia literaria debe recoger su anticipo de conjeturas hechas sobre un firme terreno, para ingeniarse en el espacio la medición de una nueva sensibilidad.

Este viraje violento sólo podía soldarse en codo a la temperatura atroz de la guerra. Sólo como reacción hacia una realidad demasiado cruda podía el arte literario abandonar el cultivo de la pesada realidad y alzarse hasta el sueño. Porque hay que decir que un plano de sueño vive en la actualidad; su tendencia es a jugar con materiales fluidos de equívoca presencia con los cuales todas las posibilidades son susceptibles de verdad en un punto álgido y fugitivo, que se produce de pronto, por la intersección afortunada de ciertos elementos.

A conjurar este punto van los recursos del libro, y si no a esto exclusivamente, por lo menos también a esto, ya que lo que mejor distingue a la literatura moderna es la falta de objeto del libro, de subordinación a algo, es decir de finalidad. Por ejemplo la novela nueva carece de desenlace a este respecto, no termina como

toda cosa real y completa, permaneciendo más bien en lo que cada una de sus palabras representa como algo cuyo fin no está en el fin, sino en el valor imprevisto de su materia y forma.

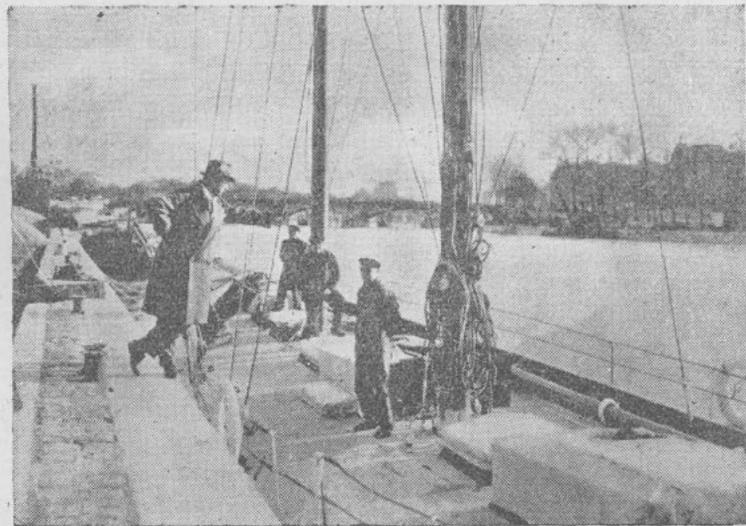
De aquí que los elementos fundamentales realcen de manera inusitada su cualidad. Por una violenta trasposición, ellos han pasado a componer la condición más rica de la obra. Al escritor le es necesario, entonces ejercer sobre el lenguaje y la composición su fuerza de dominio y su magia, que antes empleaba en distracciones tan abigarradas, como la elección del tema a la descripción de los personajes.

Crear sus propios medios de expresarse es el primer deber de quien quiere romper el círculo férreo de lo inédito; para después, queda lo que se ha de decir, que siempre será nuevo si se dice de una manera nueva.

Se ha dicho que la novela ahora tiende hacia el poema, se funda en poesía. Para nosotros esta afirmación proviene de un efecto de óptica, que estaría situado en el ejemplo engañoso de los bellos libros aparecidos después de la guerra. Flores de acuario surgidas del más oscuro limo, ellos juntaban en sí el arte diabólico de lo recién creado a fuerza de horror contra un medio de infierno, con el cual quería borarse hasta el más leve vínculo.

Pero de aquí no pueden deducirse sino leyes rigurosamente particulares, puesto que se trata de una situación transitoria, cuya encantada perspectiva está determinada exactamente por su sombrío alrededor, cuyo brillante artificio no es más que la imagen de una ausencia muy sentida.

La vida con su sentido oculto, la autopsia de las pasiones, etc., etc. (Dickens, Zola, Balzac),



Maurice Bedel, enamorado de los viajes, sueña junto a un yacht, en los muelles del Sena, con todos los países y los climas que aún le son desconocidos.



La famosa novelista Colette, acompañada de su hija. Estan con ella, también, un gato y un perro favoritos.

ya no aparece empujando como la fuerza más decisiva el trascurso de la obra literaria. Un ansia pueril, pequeños deseos súbitos bastan para llevarla con limpieza por caminos de aire. La ilustran colores puros que sólo se ven en las alegorías, la mueven sentimientos puros que sólo se describen en la mitología.

Como en ninguna otra época los libros tratan ahora sobre la aventura y el amor. Las mujeres de las novelas, nunca han sido tan bellas como hoy, a pesar de su subida inmaterialidad, tan colmadas de poderosa seducción. Sobre ella se articula el libro, como sobre una fecha el tiempo. Cuando ella sonríe y junta sus labios para besar, nuestro corazón invierte su lanza porque algo leve se ha dado vuelta en nosotros hasta su grado mayor, oscilación de alarma que recorre una vasta esfera a través de un rostro ya querido y el libro que lo contiene. La comparación exacta que merecen sus rodillas, la cantidad de luz que necesita su piel para empañar al nácar están suscritas en una tipografía que se borra lentamente de nuestros ojos.

¿Qué mujer es ésta? Es la más bella que puede idear un hombre a solas, con su imaginación, mientras no inventa otra, pero aún entonces es siempre la misma, ésa que tanto amamos, representando a la primavera o hemos visto en los calendarios encima de la palabra felicidad.

De poca referencia exterior la mujer de estos libros vive, sin embargo, con mayor densidad que cualquiera otra, su rostro semivejado existe como el germen de una súbita evidencia que cobra su contorno y adquiere su exacto color, dentro de cada cual, a nuestra guisa sin otro objetivo que nuestro capricho ni más límite que la angustia de nuestro afán.

La aventura depurada de complicaciones de un orden ajeno a su mismo ejercicio ocupa asimismo un lugar libre de compromisos dentro del relato moderno, el cual tiende cada vez más a reunir, como dice Cendrars, "el mayor número de actos gratuitos en el estado puro". Ya la empresa novelesca no necesita justificarse con preámbulos que la hacían equivocarse por una milésima de su verdadero centro de gravedad.

## r e t r a t o

Entre mis ojos y el cielo  
te llenas de rosas el pecho.

Tu corazón resplandece como en las estampas.

Arden tus trenzas como las manzanillas.

La hora muere en tus ojos ausentes.

En tu boca el silencio canta.

Tu corazón me quema en las palabras.

Aquí en Hombre dueño de tu cuerpo de oro,  
el cielo buscador de tu alma.

Mar adentro

el señero del horizonte

anuncia los barcos invisibles.

Desde la sombra de tus párpados  
va subiendo la noche.

# sobre joseph conrad

(Traducido especialmente para "LETRAS")



Joseph Conrad, en el jardín de la casa, donde vivió sus últimos años.

El "Joseph Conrad" (el hombre y la obra) de Maurice David, tiene exactamente 73 páginas. Yo no conozco, sin embargo, un ensayo crítico ni aún una obra imaginativa que solicite más atención.

Con él citemos a Conrad:

"No son los clarovidentes los que conducen el mundo. Las grandes acciones se realizan en una cálida y bienhechora niebla mental, niebla que el soplo cruel o helado del análisis haría imposible". Conrad mismo osa decir en sus "Recuerdos": "Nada de humanamente grande ha nacido de la reflexión".

Esto me hace pensar en Foch, cuya palabra era comúnmente confusa, embarazosa, incapaz de expresar claramente su pensamiento, al contrario de la mayoría de los franceses y que, confiando a un jefe la dirección de una maniobra ofensiva, concluía por empujarlo con las dos manos diciendo: "¡Han! ¡Han!" No encontrando palabras, representaba los gestos de la acción, era todo acción. Y pienso, sobre todo, en Cromwell, que dicen que era capaz en el Consejo de hablar seis horas sin que nadie comprendiera nada de lo que deseaba decir— acaso ni él mismo— pero que siempre, como por visión o inspiración, to-

maba en un instante la decisión que se necesitaba, la más fuerte o la más sutil.

Cromwell era inglés; esta disposición a obra sin reflexión—al menos aparente—es específicamente inglesa. Y con esto M. Maurice David sugiere, yo creo con razón, que esa admiración de Conrad por el valor, por el poder irresistible de la acción bruta irreflexiva, hizo de él, eslavo, un escritor inglés. No voy más lejos que Maurice David: sea cual fuere la perspicacia de la introspección, de la reflexión sobre uno mismo, no se ve bien, al menos no se ve al ser viviente y no se puede verbalmente recrear ni presentar como vivo, más que aquello que no es uno mismo.

En "Bajo los ojos de Occidente", Conrad es duro para los revolucionarios rusos, aun para los rusos en general: "Lo que molesta en ellos, dice, es su extraordinario amor a las palabras. Las recogen, las acarician, pero no sabrían guardarlas para ellos; están prontos a soltarlas durante horas o noches enteras, con un entusiasmo y una abundancia torrentosos y una precisión tal que uno no puede dejar de creerse frente a papagayos notables que comprenden realmente lo que dicen". Yo sospecho—lo que Maurice David no escribe— que la severidad de este juicio se debe un poco a que Conrad era polaco y que no amaba a los rusos. Por otra parte, si hubiese otra razón, él era eslavo, es decir, de origen semejante a aquellos a quienes no quería parecerse.

"No me dejes jamás solo con la Naturaleza. Porque la conozco mucho para no tener miedo".

Sucede igualmente que no se siente más simpatía por aquello que se conoce muy bien que por lo que no se conoce aun del todo; por el contrario, uno se entusiasma por lo que comienza a comprender, primera embriaguez de la penetración de una ciencia abstrusa, alegrías frenéticas de las conversiones! El eslavo Conrad fué un convertido. Un convertido al anglicismo, a ese instinto inglés que decide y obra sin razonar.

Pero— y he aquí aun donde yo me separo de Maurice David — Conrad permaneció eslavo. Reflexionaba. Razonaba; si no sin su razón al menos, que es lo innato del gran escritor creador, con su sensibilidad transportada sobre el plano de lo intelectual. Sin embargo, por educación o virtud diré yo, de su nueva "religión", tenía horror o desprecio por aquellos que se auscultan, reflexionan o razonan. Lord Jim, Almayer, muchos otros héroes ingleses o septentrionales cometen ese crimen: de allí su desgracia. Esto no impide que se les vea perpetuamente reflexionar sobre sí mismos, analizarse o soñar, imaginar (Almayer) como puros eslavos, no como ingleses, y que entonces haya más psicología en una página de Conrad que en todo un cuento de Kipling. Esto no es para hablar mal de Kipling, sino para significar que, según la enseñanza del Evangelio, hay numerosas moradas en la casa del Padre.

Y esto es verdadero literariamente, como en la vida futura! Se puede tener genio guardando "el don de infancia" que os hace ver el universo siempre joven y nuevo como La Fontaine y Madame de Noailles, que me agrada reunir aquí por una paradoja que es sólo aparente; como la mayoría de los escritores ingleses cuando tienen talento. Se puede obrar, siendo lo menos posible "niño", como Stendhal, el gigante Stendhal, del que jamás llegaré a imaginarme que

tenía treinta años el día de su bautismo. Se puede ser un mestizo de todo esto y de muchas otras cosas. Se puede ser un sorprendente, un genial mestizo de eslavo y de inglés y un soñador, "un reflexivo" convertido a la religión de la acción como Conrad.

Solamente me permitiré observar que si sólo hubiese sido hombre de acción, no habría escrito jamás una línea. Habría sido sólo un excelente marino, lo que fué durante veinte años. Pero tenía imaginación. La imaginación no es incompatible con la acción. Los grandes jefes de guerra, de la industria, de los negocios, son hombres de imaginación: ven **hacia adelante**. La de Conrad era literaria. Visual desde luego. Un hombre, una mujer vueltos a encontrar algunos minutos herían sus ojos. A veces alguien le decía: "Le ha llegado". Esto no duraba tal vez cinco minutos; los hombres de tierra no pueden figurarse cómo los hallazgos de seres hechos por los hombres de mar son breves, la mayoría de las veces. Aun los de los oficiales y las gentes de la tripulación con quienes se embarcan, ¿qué es lo que dura una travesía y cuántas veces se vuelven a encontrar después?... Pero Conrad reconstruía. Reconstruía con su imaginación y con **aquello que él tenía en sí mismo**. Esta no es la instrospección. Es la inversa: una especie de sueño despierto, donde no se cree estar en nada. Método conradiano, método también balzaciano.

Lo que además permaneció muy eslavo en Conrad fué la ausencia completa de Humour. Suponed a ese magnífico Mac Whirr de "Tifón" dibujado por Kipling. Lo que hay de risible en la obtusa obstinación de ese viejo capitán testarudo de no tomar en cuenta las instrucciones náuticas en caso de tifón y sólo ver una cosa que cortando por lo más rápido economizará más carbón hubiera sido subrayado, señalado. Y Kipling, después de este absurdo, de esta ilegítima victoria sobre el mar y el viento habría hecho decir a alguno "Es un afeminado" o cosas por el estilo. En Conrad el hombre es simple-

mente heroico. Heroico de incomprensión, pero también de voluntad; la antítesis casi deseada o involuntariamente deseada de Lord Jim.

\* \* \*

Pero los dos, Kipling y Conrad, tienen todavía un punto común: igualmente heroicos, por procedimientos diferentes, han mantenido a la altura de un género literario, a la altura de las más alta literatura, la novela de aventuras. El primero por un singular poder pintoresco y verbal, un formidable lirismo. El segundo por lo pintoresco también y por la psicología. Es esto lo que falta, no se debería dejar de repetirlo, en la Francia de nuestros días. No existe entre nosotros la novela de aventuras que sea literaria. La novela de aventuras está comercializada. Sólo se preocupa del interés que lleva a los lectores a los acontecimientos no a los hombres, al alma de los hombres. Ella no está "escrita", no es una obra de arte. Fenómeno singular deplorable, debido, acaso, al asalto combinado de esas dos escuelas adversarias: la novela naturalista y la novela psicológica, la una explicando los móviles de todos los actos humanos por factores psicológicos, la otra por pequeñas causas "naturales", que vienen del consciente o del inconsciente. De este modo no hay nada en estas obras de heroico o de extraordinario, siempre que la esencia misma de la novela de aventuras es heroica y extraordinaria.

La lección que nos da Kipling, y sobre todo Conrad, es ésta:

Los hombres no llegan a conocerse plenamente—y no se hacen conocer de los otros— más que en lo extraordinario y lo difícil.

De esta lección Stendhal no hubiese necesitado. Corneille tampoco, ni Racine. Es doloroso que ella venga ahora a Francia del extranjero.

PIERRE MILLE.

## SEÑORAS:

Cuando necesiten

## ROPA INTERIOR

en jersey de algodón, hilo o seda, acudan directamente al depósito central de la Fábrica de Tejidos «**ÑUÑO**A»

## CALLE MONEDA N.º 867

(entre Estado y San Antonio) Es el depósito más surtido en el ramo y el que vende más barato en plaza.

LEMA:

## VENDER BARATO PARA VENDER MUCHO

# pueblo

Los días no pasan en el pueblo; están apoltronados en las ruinas de la fe, que, no obstante todas las albas, llama a misa temblando de frío.

Venticuatro sombras que pasan por las mismas cosas.

En las iglesias, por las claraboyas, las golondrinas llevan a Dios los mismos rezos viejos, cansados, tibios, sin fecha, con anhelos, pálidos.

Un zapatero clava los mismos pasos rotos.

Los colegiales echan sus inquietudes a la acequia; pero no hay tiempo para ponerlas en un barquito de papel...

Las dos de la tarde, colgadas siempre de la albura de la ropa, en los cordeles de los patios. Lavaza muerta, azulada, sin espuma.

Las plazuelas siempre en Domingo, benditas, hastiadas.

En los vidrios, crepúsculo.

Las ocho.

# nombre de una escritora

Transparente, llena de clara fragancia, la voz de Blanca del Prado vive en su poesía y de ella se evade y perdura, acompañándonos.

Poesía de elementos menores que cabe sin esfuerzo en las noticias de ternura que son la medida de sus poemas.

Femenina y grácil, distante del artificio, esta dulce niña atrae a su escritura la imagen de un mundo sencillo y diáfano: valles de sueño, árboles inmateriales, aves del cielo, toda la alegre riqueza vigilada por la infancia.

Nacida en el Perú, Blanca del Prado agrega la más fresca y pura expresión a la actual literatura peruana. En ella no hay afán sospechoso ni actitud desmedida.

Y la palabra amor es una abeja joven que volotea sobre su cabeza adolescente.

alberto rojas gimenez

# estoy completa

Te amo con todos los amores, y mi juventud es santa y diabólica en tus manos.

Mi alma es un canto que se va a Dios por tus ojos, y mi cuerpo el signo mayor que señala el mundo, y amo bella y candorosamente al hijo tuyo que nace cada noche, en mis sueños color de estampa de Nazaret.

Nuestra pasión ha roto el pecado, y del dedo índice de los caminos parte de la tierra al cielo en este ritmo por conocer a Dios.

Yo broto del latido de tus venas, y del canto de tus pensamientos, y así soy mujer que acuna y mujer que goza.

Me siento un mundo creado por tí. Estoy completa. Soy cuerpo y alma, y veo tu corazón y tu deseo en las estrellas y en el cielo.

# a. b. c.

Y mis siete años de un armario celeste, lléno de pizzarrines, salen de una palmeta rota.

A. B. C., y mis siete años, sentados en un cuatro de tiza, en el fondo negro de una pizarra grande, quieren los unos blancos para bastones de mis muñecas, y las oes para hacerlas rodar como aros.

A. B. C., y mis siete años se han quedado en los colores de los caramelos en una tienda de mi barrio. Mis rizos castaños colgados de una recitación en el santo de madre, y el miedo a los temblores, empolvado sobre los sillares de un pilar ruinoso.

Mis siete años corren todavía en el agua muda de una acequia angostita en el jardín, sobre una hojita madura de sauce.

A. B. C., y el gato hace reír, aún a mis siete años con sus bigotes.

A. B. C., y la angustia de una liga ancha que deja caer mi media.

A. B. C., y la noche formando ángeles en el silencio, ángeles que caminan en las labores de la abuela en el día.

Y en A. B. C., el viento del cuento, se lleva también los besos de mi padre.

# angelus

Rezo del viento en los patios, seis toques sobre la angustia de los encarcelados, juego muerto en el sueño de la mañana, límite en el camino de las hormigas, duendecillos encerrados en las adormideras.

Doblados los afañes del hilo, la aguja y las tijeras. Suspiros, rezo, murmuraciones. "La flor del oilán" en la voz de la abuela.

Angelus, los arcos de las casonas cerrando sus párpados de sombra sobre los corredores.

Toque celeste cerrando las ansias del campo, y abriendo esperas en las señoritas enamoradas.

Angelus, Dios tranquilo, Dios en los árboles.

# huella

Salí de mis lágrimas a un sueño fácil y suave donde las palabras maduraban en mis manos frente a la realidad.

Salí de mis lágrimas a la sombra de mi fragilidad.

Mis lágrimas formaban las huellas de pasos fríos y firmes, y salí de ellas callada y fuerte hasta a orilla de un ancho hombro ya perdido, donde antes apoyaba sin seguridad mi pequeñez desnuda en sus caídas.

Peró, yo salí de mis lágrimas, y rechazo segura los ojos mentirosos de los firmes.

Estoy naciendo del sueño de mis lágrimas.

b a n c a del p r a d o

# hora de jose eustacio rivera

La literatura de América se ha enriquecido en los últimos años con dos novelas que pueden señalarse ante Europa como inspiradas en este continente y que llevan en sus firmes escenas, el soplo de las llanuras y de las selvas aborígenes. Ellas son "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes, epopeya notable del gaucho y "La Vorágine", de José Eustacio Rivera, tragedia que narra el infierno de los bosques en que se explota el caucho.

Estos dos grandes artistas murieron en la época en que el aplauso unánime los consagraba en todos los países del Nuevo Mundo. Jóvenes los dos antes de entregar a la sombra sus cuerpos, dieron a la intelectualidad americana dos poemas que pueden considerarse como las más acabadas obras autóctonas.

Rivera, al interesarse por las selvas homicidas, donde la naturaleza y el hombre han creado un continuo purgatorio, trajo de aquellas regiones tropicales, la voz de los oprimidos, y viviendo en contacto con la miseria de aventureros sórdidos, creó su obra, que, además de ser una elegía, es un vigoroso grito de protesta. Es la voz de un hombre valeroso, erguido, que lanza a la faz del mundo un anatema condenando a los explotadores y desafiándolos en un cálido llamado a la justicia.

El protagonista de "La Vorágine", Arturo Cova, es el mismo Rivera, y todas las escenas de ferocidad y de horror que describe, pudo palparlas, y aún más, de ellas y del clima mortífero que conociera en las selvas de Río Negro o de Guainía, cogió la enfermedad que ya no quería abandonarlo.

"La Vorágine", es una obra de angustia, de constante lucha; hombres y pasiones saltan de ella como en un crepitar de hoguera y en esa vibración se funden el paisaje agreste del trópico y la fisonomía de los seres que empuja la aventura hacia la conquista del oro.

Hace tiempo, una voz parecida se alzó en el Paraguay, denunciando los crímenes cometidos en los yerbales: fué la de aquel español de Algeciras, Rafael María Barrett, apóstol que hasta la hora de su muerte defendió a los débiles y a los explotados por los poderosos.

Extractamos de la gran novela de José Eustacio Rivera, algunos fragmentos profundos y ardorosos como toda su obra, traspasada de vida y de amor a los desventurados.

C

Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia. Nada supe de los delirios embriagadores, ni de la confidencia sentimental, ni de la zozobra de las miradas cobardes. Más que el enamorado fui siempre el dominador cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo, ambicionaba el don divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara en mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta.

Cuando los ojos de Alicia me trajeron la desventura, había renunciado ya a la esperanza de sentir un afecto puro. En vano mis brazos — tediosos de libertad — se tendieron ante muchas mujeres implorando para ellos una cadena. Nadie adivinaba mi sueño. Seguía el silencio en mi corazón.

Alicia fué un amorío fácil: se me entregó sin vacilaciones, esperanzada en el amor que buscaba en mí. Ni siquiera pensó casarse conmigo en aquellos días en que sus parientes fraguaron la conspiración de su matrimonio, patrocinados por el cura y resueltos a someterme por la fuerza. Ella me denunció los planes arteros. Yo moriré sola, decía: mi desgracia se opone a tu porvenir.

Luego, cuando la arrojaron del seno de su familia y el juez le declaró a mi abogado que me hundiría en la cárcel, le dije una noche, en su escondite, resueltamente: ¿Cómo podría desampararte? ¡Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor.

¡ Y huimos!

\* \* \*

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? [Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas?

Aquellos celajes de oro y múrice con que se viste el ángel de los ponientes, ¿por qué no tiemblan en tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de las cordilleras! ¿Sobre qué sitio enguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbró las hojarasca de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa fa-



José Eustacio Rivera.

milla que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejuco y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multisonas voces forman un sólo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo instable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre marchitable como su ilusión.

Déjame huír, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en abandono de tu magestad. ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. ¡Déjame tornar a la tierra de dónde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre, que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonríe sobre las tumbas!

\*  
\* \*

¡Bendita sea la difícil landa que nos condujo a la región de los revuelos y la alburá! El inundado bosque del garcero, millonario de garzas reales, parecía algodonado de nutridos copos; y en la turquesa del cielo ondeaba perennemente un desfile de remos cándidos, sobre los cimborios de los moriches, donde bullía la empujada muchedumbre de polluelos. A nuestro paso se encumbra en espiras la nivea flota, y, tras de girar con insólito vocerío, se desbandaba por unidades, que descendían al estero entrecerrando las alas lentas, como un velamen de seda albicante.

Pensativo junto a las linfas, demoraba el garzón soldado, de rojo képis, heroica altura y marcial talante, cuyo pico es prolongado como una espada; y a su redor revoloteaba el mundo babélico de zancudas y palmípedas, desde la corocora lacre, que humillaría al ibis egipcio, hasta la azul cerceta de dorado moño y el pato ilusionante de color de rosa, que en el rosicler del alba lanera tiñe sus plumas. Y por encima de ese alado tumulto volvía a girar la corona eucarística de garzas, se despelaba sobre la ciénaga, y mi espíritu sentíase deslumbrado, como en los días de su candor, al evocar las hostias divinas, los coros angelicales, los cielos immaculados.

Parecía imposible que pudiéramos arrimar al sitio de los nidos y las plumas. El transparente charco nos dejó ver un sumergido ejército de caimanes, en contorno de las palmeras, ocupado en recoger pichones y huevos, que caían cuando los garzas, entre algarabías y picotazos, desnivelaban con su peso las ramazones. Nada ba por dondequiera la innúmero banda de caribes, de vientre rojizo y escamas plúmbeas, que se devora unos a otros y descarnan en un segundo a todo ser que cruce las ondas de su dominio, por lo cual hombres y cuadrúpedos se resisten a echarse a nado, y mucho más al sentirse heridos, que la sangre excita instantáneamente la voracidad del terrible pez. Véase la traidora raya, de aletas gelatinosas y arpón venino, que descansa en el fango como un escudo; la anguila eléctrica, que inmoviliza con sus descargas a quien la toca, la palometa de nácar y oro, semejante al disco lunar, que desciende al fondo y enturbia el agua para escaparse a las dentelladas de la tonina. Y todo el inmenso acuario se extendía hacia el horizonte, como un lago de peitre donde flotan las plumas ambicionadas.

Bogando en balsitas inverosímiles, nos dis tribuimos aquí y allí para recoger el caro tesoro. Los indios invadían a trechos las espesuras, hurgando en las tinieblas con las palancas, por miedo a gúfos y caimanes, hasta completar su manajo blanco, que a veces cuesta la vida de muchos hombres, antes de ser llevado a lejanas ciudades a exaltar la belleza de mujeres desconocidas.

\*  
\* \*

¡Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! Vi ví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses.

A mil leguas del hogar donde nací, maldije los recuerdos porque todos son tristes: el de los padres, que envejecieron en la pobreza esperando apoyo del hijo ausente; el de las hermanas, de belleza núbil, que sonríen a las decepciones, sin que la fortuna mude el ceño, sin que el hermano les lleve el oro restaurador!

A menudo, al clavar la hacha en el tronco vivo, sentí deseo de descargarla contra mi propia mano, que tocó las monedas sin atraparlas; mano desventurada que no produce, que no roba, que no redime, y ha vacilado en liberarme de la vida. ¡Y pensar que tantas gentes en esta selva están soportando igual dolor!

¿Quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable? ¿Para qué nos dieron alas en el vacío? ¿Nuestra madrastra fué la pobreza, nuestro tirano la aspiración! Por mirar la altura tropezábamos en la tierra; por atender al vientre misérrimo fracasamos en el espíritu. ¡La medianía nos brindó su angustia! ¡Sólo fuimos los héroes de lo mediocre!

El que logró entrever la vida feliz, no ha tenido con qué comprarla; el que buscó la novia, halló el desdén; el que soñó en la esposa, encontró la querida; el que intentó elevarse, cayó vencido, ante los magnates indiferentes, tan impasibles como estos árboles que nos miran languidecer de fiebres y de hambre entre sanguijuelas y hormigas!

¡Quise hacerle descuentos a la ilusión, pero incógnita fuerza disparóme más allá de la realidad! ¡Pasé por encima de la ventura, como flecha que marra su blanco, sin poder corregir el fatal impulso y sin otro destino que caer! ¡Y a esto lo llamaban mi porvenir!

¡Sueños irrealizados, triunfos perdidos! ¿Por qué sois fantasmas de la memoria, cual si me quisiérais avergonzar? ¡Ved en lo que ha parado este soñador: en herir al árbol inerme para enriquecer a los que no sueñan; en soportar desprecios y vejaciones en cambio de un menudrugo al anochecer!.

Esclavo, no te quejes de las fatigas; preso, no te duelas de tu prisión; ignoráis la tortura de vagar sueltos en una cárcel como la selva, cuyas bóvedas verdes tienen por muros ríos inmensos. No sabéis del suplicio de las penumbras, viendo al Sol que ilumina la playa opuesta, a donde nunca lograremos ir! ¡La cadena que os muerde los tobillos es más piadosa que las sanguijuelas de estos pantanos; el carcelero que os atormenta no es tan adusto como estos árboles, que nos vigilan sin hablar!

Tengo trescientos troncos en mis estradas y en martirizarlos gasto nueve días. Les he limpiado los bejuqueros y hacia cada uno desbrocé un camino. Al recorrer la taimada tropa de vegetales para derribar a los que no lloran, sue-

lo sorprender a los castradores robándose la goma ajena. Reñimos a mordiscos y a machetazos, y la leche disputada se salpica de gotas enrojecidas. ¿Más qué importa que nuestras venas aumenten la savia del vegetal? ¡El capataz exige diez litros diarios y el foete es usurero que nunca perdona!

¿Y qué mucho que mi vecino, el que trabaja en la vega próxima, muera de fiebre? Ya lo veo tendido en las hojarascas, sacudiéndose los moscones, que no lo dejan agonizar. Mañana tendré que irme de estos lugares, derrotado por la hediondez; pero, le robaré la goma que haya extraído y mi trabajo será menor. Otro tanto harán conmigo cuando muera. ¡Yo, que no he robado para mis padres, robaré cuanto pueda para mis verdugos.

Mientras le ciño al tronco goteante el tallo canalado del caraná, para que corra hacia la tazuela su lanto trágico, la nube de mosquitos que lo defienden chupa sangre y el vaho de los bosques me nubla los ojos. Así el árbol y yo, con tormento vario, somos lacrimatorios ante la muerte y nos combatiremos hasta sucumbir!

Más yo no compadezco al que no protesta.

Un temblor de ramas no es rebeldía que me inspire afecto. ¿Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil? ¡Aquí no siento tristeza sino desesperación! ¡Quisiera tener con quién conspirar! ¡Quisiera librar la batalla de las especies, morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas! Si Satán dirigiera esta rebelión!...

¡Yo he sido cauchero, yo soy cauchero; Y lo que me hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!

## los escritores y la naturaleza



Amanda Labarca Hutherson, en plena cordillera.

# a un joven que viaja

por raul silva castro

Recibo su carta después de muy largo silencio. ¿Necesito decirle que me duele su resolución? No me parece mal que usted viaje. Todo hombre joven debe viajar; no hay educación completa sin ese ensanchamiento de las perspectivas que se llama el viaje. ¡Cómo se curaría nuestro provincianismo, al parecer irremediable, si todos los chilenos pudiéramos viajar! He oído muchas veces a chilenos hacer notar que ciertas maneras de decir y de hacer, costumbres y usos de todos los días, son propios sólo de este suelo. Si así se peca en materia tan liviana y al alcance de todos cuánto no se pecará por falta de contrastación oportuna, en otras de más peso. No me parece mal, pues, que usted viaje, sino adónde viaja. Dice usted que va a conocer una extraordinaria civilización, pletórica de recursos. Dice usted la verdad. Va a conocer una civilización, pero no una cultura.

Va usted a una tierra que ha hecho religión del progreso, sin darse cuenta de que el progreso es accidental en el hombre. No es el progreso el que mueve al hombre. El progreso no es sino un resultado, acaso secundario, aunque importante y no nada despreciable, es una lucha más honda y más larga. ¿Cómo llamar esa lucha? Se han inventado muchos nombres para bautizarla; parece que el más acertado es el de cultura. No niego que en ese país se busque la cultura. Creo, al contrario, que hay en él poderosos núcleos de hombres que tienen sed de ese don irremplazable. Pero son muy pocos. Cuando sean más, hablaremos de una cultura que se pueda etiquetar con el nombre de ese país.

Tienen, en cambio, una civilización sorprendente. ¿Qué es civilización? Es lo manual, lo técnico, lo útil, lo práctico, lo que cumple bien su cometido, lo que ahorra esfuerzo. Y allí tiene usted cómo conviven en una misma tierra los mayores progresos de la técnica y un infantilismo espiritual tal vez irremediable. Usted, que va a vivir entre esos nuevos cartagineses, no olvide este hecho. Cuando ese país entró a la guerra se cuidó de hacer una medición mental (¿no rabian estos términos de verse juntos?); ¿es posible medir la inteligencia?, de todos los elegidos por la oficina de reclutamiento. Tome usted nota de que eran productos seleccionados ya. Pues bien, la medición dió resultados desastrosos. Más de la mitad de los hombres, todos mayores de veinte años, revelaron una inteligencia equivalente a niños de doce a catorce años. Y ese material humano, llegado de todos los puntos del territorio, forma las espesas capas de población en que se basa la prosperidad de esa tierra.

Es cierto: como niños que son, van ávidamente a la conquista de las cosas y no se paran en nada. Creen ellos mismos, engañados por prédicas interesadas, tener poderosos frenos morales. No es cierto. La muchachez y la adolescencia son edades amorales, a menudo inmorales. Están dominados por una apetencia vital muy grande y la sacian. ¿Conoce usted el caso de esos dos estudiantes, hijos de ese mismo país, que asesinaron a un niño por curiosidad? Pues bien, esa moral es la de todo ese pueblo, de esos cientos y tanto millones de hombres que reservan al mundo las más afrentosas sorpresas. Esta pris-

tividad es tal vez el único rasgo de su triste genio que a un chileno puede interesarle. Prácticos ya somos lo suficiente como para estimar en exceso lo útil. Pero nos falta ese vigor de pulso que lleva a los hombres a hacer cosas sólo por el placer de hacerlas. En suma, nos faltan, para ponernos a nivel con la época, sentido deportivo para no sentirnos vencidos en la competencia y acometividad para emprender. Virtudes ambas de seres sin pasado, de niños que olvidan y siguen levantando castillitos de arena que la ola deshará con su sola caricia.

Esto podemos aprender de ellos, ser niños para jugar seriamente en la vida. ¡Pero lo demás! Sé que es usted culto e inquieto buscador de libros. De vez en cuando lo veo curvado sobre ellos en la Biblioteca Nacional o a caza de novedades en las librerías. Pues bien, no le extrañará una observación que he hecho. Ese país está inundando el mundo con una marea copiosa de papel impreso, que producen sin cesar sus universidades y sus instituciones científicas. (Empleo este adjetivo en forma supletoria y condicional; ya verá usted por qué).

He notado en esa producción irrestañable un carácter común; a saber, es una producción preferentemente de ciencias aplicadas. Interesan allí las estadísticas porque es un auxiliar del comercio; la medicina porque es indispensable para fundar clínicas; la química, porque tiene aplicaciones industriales; la física por los procesos de mecánica que le están subordinados. Pero nadie, o muy pocos, estudiará ninguna de esas disciplinas sólo por afán de saber, por desinteresado ímpetu cultural o espiritual. Y he notado, en fin, una tendencia curiosa, como es un país nuevo, que ha nacido tarde a la vida del mundo y que no se resigna a hacer suyo el pasado común de la humanidad, quiere tener productos propios en todas las esferas. Y entonces trata ingenuamente de convertir en ciencia toda disciplina más o menos espiritual. Así lo hemos visto en su carrera simiesca — Cartago tratando de imitar a Grecia—de elevar a ciencia la agricultura, que no es sino arte, y la bibliografía, que es disciplina auxiliar y subordinada a las necesidades de las demás, y, en fin, la educación. En este campo especialmente ha hecho y seguirá haciendo mucho daño. Una pedantería más insufrible que todas las demás es la que ha ganado últimamente a cuantos la sociedad o el azar han colocado ante un niño con la grave misión de enseñarlo. Esa pedantería tiene en gran parte su origen en este pueblo que no se resigna a ser un fiel aplicador de la ciencia sino que quiere izar su arte a la categoría de ciencia. Negada su mentalidad para casi todas las supremas operaciones de la inteligencia, desprovisto su espíritu del impulso intuitivo que llega a conocer las verdades por adivinación más que asimilación fatigosa y rumiadora, esa mentalidad y ese espíritu se entregan con desolador entusiasmo a un juego de fórmulas y de leyes que sería cómico si no fuese desolador. Es desolador, en efecto, porque esas fórmulas desprovistas de sentido tapián los poros por los cuales cualquier inteligencia despejada podría recibir la iluminación de proposiciones universales. Y es desolador, sobre todo, porque en ese juego comienzan a alistarse nu-

merosos equipos de hombres de todos los países; los mediocres, más en número y más agresivos que los egregios.

Veo su sonrisa desolada; no, no es usted uno de los mediocres. No temo por usted. Posiblemente vuelva de allá incólume, sano y salvo intelectualmente del mayor contagio que ha visitado el mundo. Pero pienso en el fenómeno general, y se me pone carne de gallina. Pienso en la absorción lenta y segura que de nosotros se hace. Pienso en los empréstitos, en las comisiones financieras, en los técnicos especializados en tal o cual servicio administrativo. Pienso, en fin, en la cuenta fiscal entregada en manos caraginesas. El consuelo que nos queda es el de que no estamos solos en la desgracia, y de que acaso nuestra historia no sea la más desoladora de todas. El mundo entero gira en torno a ese país. Hay algo de diabólico en este movimiento centrípeto. ¿Será caso tan fatal como la rotación de un planeta en torno del sol? ¿No podremos abandonar la órbita que se nos ha trazado?

Vaya usted a sorprender allá los secretos, todos los que pueda, de ese país, pero no ceda a la tentación de admirarlo. Recuerde usted lo que ya en ocasión bien distante hizo Ulises con sus compañeros de viaje cuando iban a pasar junto a la isla de las sirenas. Tenía una dolorosa experiencia el canto heleno y a sus remeros tapó los oídos con cera para que no oyeran los ritmos fatales, y él mismo se hizo atar al mástil para no correr al encuentro de la dicha perniciosa. ¿Tendremos ese heroísmo? Quiero creer en usted, y por eso lo emplazo para cuando regrese.

Note usted que los actos pacíficos de nuestro sometimiento ya están cumplidos. Ahora no faltan sino los otros, siempre condicionados a la

resistencia que se pueda oponer a la dominación. Y hablar de resistencia en Chile sería paradójico si no fuese también grotesco.

Son los fuertes. Su destino es vencer. Las águilas—¿no tienen un águila en su escudo?—son animales de presa. Pero no se crea que su dominio es de fuerza bruta. Dominan porque están organizados; óigalo bien el indigenista; porque son europeos trasplantados; porque renuncian a la estéril fusión de dos razas que no se compadecen y han exterminado, sin atender a sentimentalismos burdos y estériles, a la que no sirve; porque conocen el valor de una "élite" de voluntad firme y de clara inteligencia política y la renuevan constantemente; porque cuidan de forjar aves de presa en sus colegios y universidades, en lugar de empachosos hidalgos. Porque han abierto su territorio a todo hombre audaz y sin escrúpulo que quiera habitarlo. Y last but not least—porque no renuncian a los privilegios del hombre civilizado y tienen un cúmulo de necesidades más alto que el de toda otra nación de la tierra.

Viajes como el suyo serían útiles para nuestro destino como nación si cada uno de los que van a hacerlo recibiesen ciertas advertencias. Confiéselo usted: ¿alguien le ha dicho antes algo de todo esto? Entre los hombres que lo mandan a usted hay muchos que han vivido en ese país. ¿Los cree usted conscientes de sus problemas? ¿Ha sorprendido en ellos alguna angustia por las relaciones de Chile con esa nación? Pero no debemos extrañarnos. Lo propio de época como la nuestra es la inconsciencia. Inconsciencia arriba y abajo. Dejar hacer, dejar pasar.

Sin embargo, la lucha es bella. Luchemos, amigo.

R. S. C.

# LA NOVELA NUEVA

Publicación quincenal de novelas nacionales.  
Los mejores autores chilenos. Volúmenes  
presentados artísticamente.

\$ 1.00 EL EJEMPLAR

Hay 10 títulos publicados.

Pídalas en todas las Librerías y puestos de  
periódicos.

# paul moran nos habla de w. b. seabrook, novelista americano



Paul Moran

W. B. Seabrook es un joven escritor americano, desconocido ayer. Su libro *The Magic Island* (La Isla Mágica), del cual va a aparecer pronto una traducción francesa, este invierno estuvo de pronto en todas las manos. Cien mil ejemplares se vendieron en los Estados Unidos. La isla mágica es Haití, la tierra antes francesa; Haití, la más bella de las Antillas que nunca supimos nosotros reconquistar, y que los americanos ocupan ahora. No la ocupan, por lo demás, enteramente; al fondo de los campos, lejos de las rutas, viven negros que se cuentan entre los más primitivos de las tierras caribes, lo mismo que como fueron importados de Africa por los negreros, en siglos pasados. Sus ceremonias secretas, agrupadas bajo el nombre de "vaudou", son una asombrosa mezcla de creencias ancestrales, de costumbres bárbaras, de Cábala, de supersticiones locales y de religión cristiana. Los americanos del Norte dicen muy gustosamente que el "vaudou" ha desaparecido de entre sus negros; no es exacto; en todo caso, se le vuelve a encontrar en las Antillas. Los viajeros, los novelistas, los colonos, los sociólogos nos han dejado toda una literatura sobre el "vaudou"—las mejores páginas son tal vez las de un escritor salvado de las matanzas de Santo Domingo y refugiado en los Estados Unidos a principios del siglo XIX: Moreau de Saint Méry; pero todos estos relatos son de segunda mano. El misterio continúa cerniéndose sobre las ceremonias de un culto prohibido. Pero hoy día, gracias a Seabrook, conocemos con exactitud lo que se perpetra y lo que perpetúa en la noche, al fondo de los bosques antillanos.

Habiendo consagrado varios meses, ahí mismo, al estudio de problemas de magia

primitiva, creo saber hasta qué punto es difícil asistir a ceremonias que no sean las que se quieren mostrar a los extranjeros. En Africa, algunos europeos las han visto, por sorpresa; pero es poco verosímil que a ellas hayan sido admitidos libremente, salvo algunos médicos y algunos administradores de círculo. Todo lo que es mágico, por definición es secreto. Seabrook es acaso el único blanco de nuestra época que haya recibido el bautismo de sangre. Lo ha recibido sin incredulidad ni fanatismo. Su actitud respecto al misterio es la de un hombre de hoy. La ciencia de los diez últimos años nos ha conducido al borde del infinito: allí todo puede acontecer, viajes interplanetarios, descubrimientos de la cuarta dimensión, telefonía sin hilos con Dios. Tenemos que reconocernos esta superioridad sobre nuestros padres: ahora estamos prontos a todo, menos crédulos y más creyentes. Entre más nos remontemos al origen del mundo y más nos hundamos en los primitivos, más descubriremos que sus tradicionales secretos coinciden con nuestras rebuscas actuales. (Sólo hace muy poco que la Vía Láctea es considerada como generadora de mundos estelares; los aztecas lo afirmaron expresamente y no se les creyó). Los salvajes han conservado lo que la ciencia recobra; han creído en la unidad de la materia mucho antes de que el átomo de hidrógeno haya sido aislado; han creído en el árbol-hombre, en el hierro-hombre, mucho antes que Sir J. C. Bose haya medido la sensibilidad de los vegetales y envenenado metal con veneno de cobra. "La fe humana — escribe Huxley en los Ensayos de un biólogo — se ha elevado del Espíritu a los espíritus, en seguida de los espíritus a los dioses y de los dioses a Dios". Podría agregarse que, de Dios, regresamos al Espíritu. (Todo es mejor que llamarlo, como Wells, el Ser Oculto). Por eso, cuando Seabrook va a las Antillas, también persigue una obra de laboratorio. Muchos etnógrafos trabajan en su gabinete. Muchos viajeros son turistas o comerciantes sin conocimientos ni precisión científica. Casi ninguno de nosotros, a pesar de su buena voluntad, sabe hablarle a un hombre de otra clase. ¿Cómo conseguiría establecer relaciones hondas con indígenas? Los que lo pueden — administradores y misioneros — están sujetos a un conformismo que les impide ciertas audacias útiles. Seabrook posee el don y la técnica de saber acercarse a los primitivos sin asustarlos, de hacerse amar por ellos, de inspirarles confianza. Los antillanos son desconfiados cuando habitan en el campo y susceptibles cuando viven en la ciudad. Seabrook se ha hecho entre ellos de amigos. Ha descubierto regiones más exploradas que Africa: pues los negros que habitan ciertas grandes Antillas no se han movido de sitio durante trescientos años y han escapado de esas embestidas militares del siglo XIX, que tan profundamente han turbado la carta etnográfica del continente negro. Gracias a la inmovilidad a que se aferran las is-

las, que permanecen siempre en lo propio, le ha sido posible encontrar entre estos descendientes de esclavos, tradiciones que el islamismo ha destruído en Africa.

No pretendo presentar al público un nuevo genio de la literatura anglo-sajona. Muchísimo más que la nuestra, ésta se halla invadida; desde hace cinco o seis años, por astros nuevos. Hay, por lo menos, uno por editor. Anuncios fulgurantes, iniciaciones esplendorosas — de mujeres sobre todo. Brota el petróleo, los críticos se precipitan, los lectores compran. Al año siguiente, la acción se negocia en la calle. Antes de la guerra, éramos tan ignorantes de las literaturas extranjeras, que sólo los nombres muy célebres cruzaban tardíamente nuestras fronteras, tan difíciles de franquear como el olvido de los siglos. Ahora es todo lo contrario. Hecho notable que no es sólo el privilegio de nuestro país, la traducción se vende. Nuestros editores viajan, lo mismo que nuestros escritores. Descubren, sea por azar o por afinidades o por política o por cambios de cortesía internacional, nuevos autores. Críticos

a quienes les falta haberse leído unas cuatrocientas novelas inglesas para distinguir lo bueno de lo mediocre, influencia a las editoriales con elecciones que asombran. Es una confusión sin nombre, en la que el público va extraviado. Se le revela a Anita Loos, pero no a Sinclair Lewis; Yeats y Arnold Bennett permanecen desconocidos; no se le deja de dar a la más reciente Safo británica, pero nadie le dice que D. H. Lawrence es el más grande de los escritores ingleses.

Me excuso de este paréntesis: todavía habría mucho que escribir sobre esta cuestión de las traducciones. Me excuso también de presentar aquí nada más que a un notable escritor. W. B. Seabrook es un hombre sencillo, bueno, rudo, que desconoce a los fabricantes de teorías; deja a las gentes de la Retonda hablar de su vida, mientras él hace libros. Se hundió dos o tres años en Arabia o en Haití y trae cada vez un incomparable documento. Mañana estará en Africa... pero esta es una historia que contaré en otra ocasión.

PAUL MORAN.

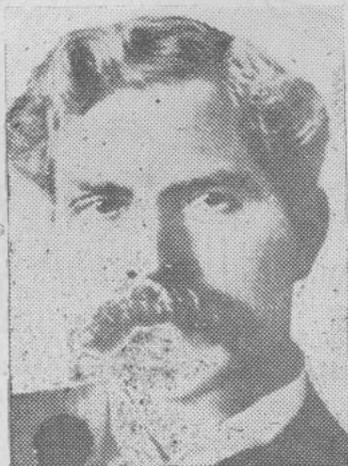


Linoleum, de Estrada  
Gómez.

# la isla de los ensueños

por Ramsay Mac-donald

## Una visita a las misteriosas ciudades de Ceylan. La gloria de un antiguo imperio



Ramsay Mac-donald.

El día termina ya. El cielo es una vasta cúpula de colores salvajes y la brisa fresca de la noche comienza a abanicar nuestros abrasados rostros. Las montañas, resplandecientes durante todo el día, están ahora de un tranquilo color añil, la selva de un verde oscuro, el lago de un azul sombrío, actualmente iluminado en partes por el resplandor dorado de las primeras estrellas. Las luciérnagas brillan; el chapaleo de los corvejones en el agua se ha hecho más fuerte; las grullas vuelan pesadamente en la melancólica claridad; las ranas han iniciado su coro; suben hasta nosotros extraños sonidos de seres desvelados, y las ropas blancas de la gente que vuelve a su casa por lo alto del sendero, las hace aparecer como fantasmas entre los árboles. Yo me encuentro recostado en un sillón, en un corredor de la Casa de Descanso, fatigado después de un largo paseo entre las ruinas de la selva.

Ceylán es una isla pequeña. El saber que tiene una larga y heroica historia sorprenderá a la mayoría de la gente. Para ella es un lugar donde se cultiva el te y el caucho, un lugar que perfuman las brisas con un delicioso olor a especias, un lugar donde hay unos pocos colonos blancos y millares de labradores de color; sólo eso y nada más. Eso es, sin embargo, el Ceylán caído de su altura, el Ceylán cuyos heroicos días han pasado. Yo vine para ver el Ceylán de mis ensueños y lo he encontrado. He encontrado las especias criadas en los jardines de Peradeniya y he hundido mi cara en ellas. Era como un incienso de ensueños; el perfume de los cargamentos de nuez moscada y clavos de olor, canela y alcanfor, que ya no se embarcan en los mares. En los claros de la selva vi ruinas de grandes palacios, templos y ciudades que tienen fama de haber sido en su época tan populosas como lo es Londres en la actualidad. La más impresionante de todas es Anuradhapura; la más sugestiva para el turista, es la moderna Polonnaruwa; la más

dramáticamente sorprendente es Segiriya por sus palacios de piedra y sus fortificaciones. La primera, fundada en el año 437 a. de J. C., fué la metrópoli de los cingaleses durante catorce siglos. Todo lo que de ella queda en la actualidad son los restos rotos de las 6 dagabas (enormes cúpulas formadas por masas sólidas de ladrillo que, vistas desde lejos, parecen colinas entre los árboles, edificadas para guardar alguna reliquia sagrada), pilares curiosamente esculpidos, otros más chicos como piedras de un vasto cementerio abandonado, imágenes de Buda y de los reyes heroicos, primorosas esculturas, altares de flores, escaleras exquisitamente moldeadas y pisos de piedras cinceladas.

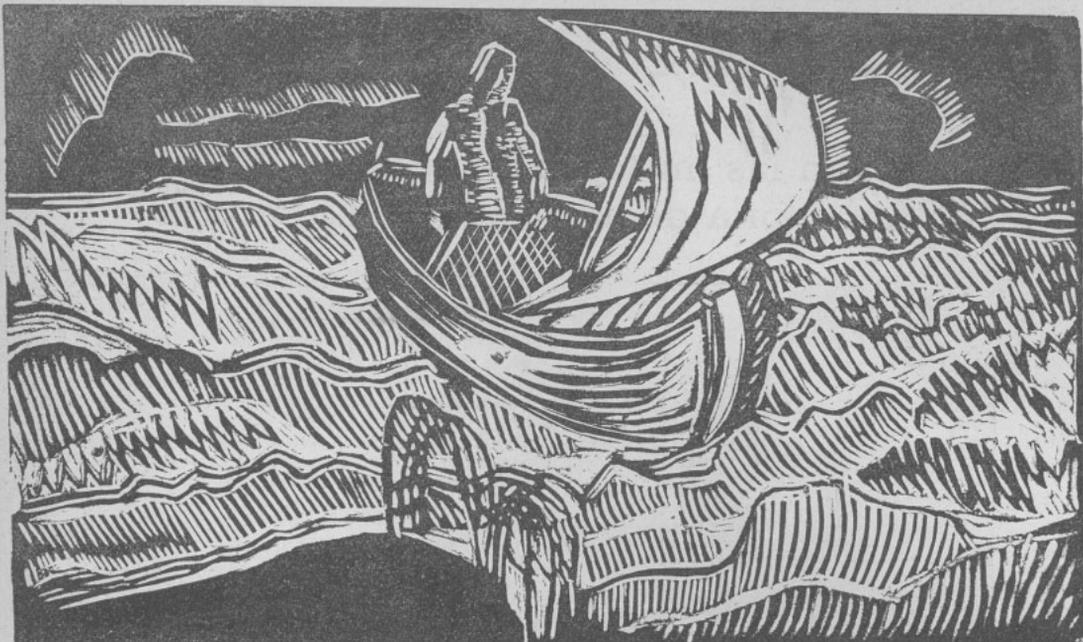
Reina una apacible tranquilidad en Anuradhapura. Su poder agresivo, su fuerza de acción o de pensamiento, su lucha por ser grande y gloriosa han cesado, sin dejar nada en su lugar; sólo queda una dignidad artística y espiritual. Ella se apodera de nuestro cariño como lo hace una anciana de serena belleza. De un lado está el enorme lago, el cual resulta difícil creer que haya sido hecho por la mano del hombre para fines de irrigación, y lo que se ve ahora de la ciudad es una angosta faja de selva, entre cuyos claros se hallan los grupos que aun quedan de los que fueron en un tiempo orgullosos edificios. Hay allí palacios, pero hasta el palacio Brazen con sus mil seiscientos pilares ha sido destruido. Sus cabezas ya no se levantan orgullosas, sino que se agachan respetuosamente. Después de muchos años de vanidad por el poder terrestre, rinden humilde homenaje al espíritu religioso que mora en los monasterios que los rodean. Anuradhapura es un lugar delicioso de campanas amarillas y vibrantes tambores de templos. Es un lugar de peregrinación al margen de este perturbado mundo.

Tan profundamente impresionante es esta ciudad de los muertos y de glorias pasadas, que el árbol llamado Bo, que aun vive allí guardado por muros, portones, contribuciones y sacerdotes— tranquilos, descalzos y discretos caballeros— es causa de una apasionada agitación.

Si yo fuera budista no pensaría de este modo, porque el tronco padre de este árbol fué sacado de aquel bajo el cual el Gautama llegó a hacerse Buda. Para el turista occidental es el árbol más antiguo del mundo y ha crecido allí desde el año 264 a. de J. C. Apuntalado y ahorcado por plataformas y más plataformas, rodeado de pequeños altares donde flores moribundas exhalan fuertes perfumes y chorreantes velas emiten olores rancios, se mantiene aún verde, y aparentemente su hoja no falta nunca. Pero es sólo un espectáculo público.

### SECRETO DE LAS CIUDADES DE LA SELVA

A doce kilómetros de ese lugar, pasando por un camino bordeado por la selva, hay, en un cerro, un templo que no hubiera dejado de ver por nada en el mundo. Se sube al cerro por una ancha escalera de piedra de mil ochocientos escalones, y en el trayecto se encuentran grandes tanques de agua, para bañarse, ruinas de monasterios, esculturas hechas en las rocas lisas



Linoleum de Lautaro Alvia.

del cerro o diseminadas entre la selva. Una infinidad de senderos forman un verdadero laberinto, y pasando entre ellos uno ve trabajos sorprendentes de construcción y escultura. Desde lo alto se contempla un vasto anfiteatro de selva que se extiende kilómetros y kilómetros alrededor, con las dagabas de Anuradhapura en el centro, pequeñas colinas y las espléndidas montañas de Kandy, que le forman un dentado cerco. Fue allí, según la historia, donde el piadoso hijo de Asoka desembarcó de la India, y encontrando milagrosamente al rey de Ceilán, lo convirtió al budismo. Allí se encuentra la cama de piedra donde el santo durmió y la plataforma donde se dedicaba a la contemplación. Todo concuerda con ello: el agradable frescor, el espacio, la distancia, la tranquilidad, la roca montañosa. Si semejante cosa ha sucedido alguna vez, tiene que haber sido allí. Existen lugares donde el alma de una religión que ha sido corrompida permanece en su eterna pureza, y éste es uno de ellos.

Polonnaruwa es más favorecida por los turistas. Las ruinas no están tan "arruinadas", dándose las más importantes sólo del siglo XII. Son ciertamente más ornamentadas, pero la selva inspiradora no es menos atrayente: una de las mejores casas de descanso de la isla se encuentra allí. Su arquitectura es impura y recuerda tiempos más relajados, más decadentes. La diferencia entre la antigua capital y la nueva es igual a la que existe entre una pura romanza y una orgía de jazz. Sin embargo, la mirada y las manos de los que hicieron esos edificios eran expertas y los templos siguen siendo un encanto para la vista. Nuevamente se ve un gran claro en la selva, lleno de ruinas de palacios y de templos. Entre sus fantasmas hay demonios y, sin embargo, cuando entre las sombras de la noche se cruza un chacal en el camino o una serpiente hace crujir el pasto, uno no se turba. Son los seres que sobreviven de la segunda y última gran capital de los reyes de Ceilán. La historia de Ceilán recuerda prohibidos "lugares malditos", siendo uno de los peores aquel en que un impaciente hijo del rey, nacido de una madre de clase

baja, mató bárbaramente a su padre para obtener el trono. Eso sucedió a mediados del siglo quinto. En medio de la selva se levanta una enorme roca negra de unos 120 metros de alto, tallada en forma de un monstruoso sarcófago. Allí se dirigió el parricida, hizo grandes galerías a su alrededor, construyó contra su muro un león gigantesco, desde cuyas garras subía hasta su cúspide, hizo edificar grandes palacios en su cumbre, plantó jardines e instaló unos tanques. Allí vivió con gran pompa el pecador, apostó sus centinelas y durante años esperó su condena, tratando mientras tanto de obtener crédito a fuerza de caridad. Hay lugares que parecen haber dejado de ser cosas para transformarse en espíritu. Al acercarse a esa roca uno siente un temor y un respeto como si el Estigio se interpusiera entre ella y uno, y perteneciera al mundo de las sombras que vagan alrededor con una eterna maldición pesando sobre ellas.

Peregrinos vestidos de blanco van a estos lugares y encuentran en ellos algo que desea el corazón de todos los hombres. Pero cuando se alejan y reina de nuevo el silencio, las criaturas de la selva vuelven al lugar donde hasta entonces eran los únicos dueños.

Una noche vi una procesión que se dirigía con tambores y antorchas hacia un templo restaurado. La noche se despertó ante sus gritos; sus llamaradas subían entre los árboles, globos luminosos flotaban en la obscuridad y caían en cascadas de estrellas. Una hora más tarde todo había pasado, y al volver a nuestras casas la selva se despertó. Ladridos exigían otros ladridos y los gemidos respondían a otros gemidos. Entonces la plácida luna apareció entre los árboles y en un murmullo más suave que la brisa de la noche nos consoló, recordándonos que en la muerte y las ruinas hay también luz y belleza.

## EL GRAN MISTERIO DEL DIENTE DE BUDA

Evidentemente, pasaba algo en Kandy. Cuando alcanzamos a ver el Mercado Cuadrado, éste era una masa de cabezas negras y brillan-

tes, y cuerpos vestidos de blanco que se movían lentamente hacia aruera y hacia adentro, saipicacos por los colores más alegres de sus chaletos y sus sacos, y con unas pocas sombrillas negras para resguardarse de los rayos de un fuerte sol de mediodía. Insiné mi sospecha de que había una peregrinación al templo del diente, y haciendo averiguaciones me encontré con que era cierto. El sagrado diente está expuesto y miles de peregrinos habían venido a ganar virtudes por él solo hecho de mirarlo y hacer acto de reverencia ante él.

El buen budista vive en eterna peregrinación en busca de la virtud que lo libertará de las garras del materialismo y lo introducirá en la bienaventuranza de lo universal y de lo eterno.

Buda le indicó el camino. Siguiendo la huella de sus pasos se encontrará la emancipación. Debajo de su sagrado árbol Bo, el Buda enseñó; en esta piedra está marcada su huella, en esa montaña vivieron sus discípulos, en este templo hay alguna reliquia—un pelo de su cabeza, un fragmento de hueso, un diente, algo—y el hombre en busca de absolución jura que irá y se acercará a la infinita existencia donde únicamente se halla la paz. El hombre ahorra sus cobres, sus monedas de níquel y sus billetes y tal vez un día emprenda la marcha con su mujer y sus hijos. En su camino encuentra muchos ríos tributarios que siguen todos la misma dirección. Se acerca a apiñadas procesiones, que esperan pacientemente, tal vez durante varios días, hasta que consigue escurrirse cortésmente, como buen caballero que es, y meterse en alguna embarcación, o sigue penosamente su camino a pie, gozoso, profiriendo "salves" al dueño de su corazón, en compañía de otros; por fin llega al final de su jornada. Así lo vimos en Kandy, la más sagrada de sus peregrinaciones.

En Kandy, guardado dentro de sus siete tabernáculos dorados y llenos de pedrerías, que están uno dentro del otro, se encuentra el diente del Maestro, cuya sola vista llena al peregrino de un éxtasis sagrado. El crítico ateo ríe de su ingenuidad y llama a su diente un fraude. La historia es la siguiente: Cuando se quemó el cuerpo de Buda, uno de sus dientes fué enviado a un rey indio y guardado como una reliquia. Cuando la caída de su reino, éste fué llevado a Ceylán oculto entre el pelo de una princesa, y después de muchos años y aventuras cayó en las manos de un portugués. El arzobispo católico de Goa, perseguidor de las supersticiones y poco paciente con los absurdos concernientes a las reliquias y a su culto, hizo que se deshiciera en pedazos, se quemara públicamente y fuera arrojado al río. Pero era sólo el diente de un mono, dicen algunos devotos budistas, el que fué destruído de esta suerte; otros, de mayor fe, dicen que sus cenizas se juntaron dentro de una flor de lotus, que apareció milagrosamente en medio de la corriente, y tomando de nuevo la forma de un diente se dirigió otra vez a Ceylán, donde ahora se encuentra bajo la guardia de los monjes de Dalada Maligawa, en el Templo del Diente de Kandy.

Durante muchas generaciones lo guardaron lejos de las miradas de todos, exceptuando los fieles, devotos y poderosos reyes, pero ahora han renunciado a su celosa guardia y yo le he visto. El principal guardián del templo—que guarda la maciza llave de oro de la capilla y del tesoro—es amigo mío. Miles de peregrinos se dirijan allí y nos reunimos a ellos. Los encerraban en especie de corrales, y con una admirable paciencia y cortesía esperaban su turno, trasladándolos de un cercado a otro más cerca de la meta, adelantando así por etapas. De cuando en cuando levantaban sus voces en un lamento: "¡Sahdu! ¡Sa-a-ahdu! ¡Sa-a-ahdu! ¡Sa-a-hadu!" Ellos llenan las calles, los pasajes, los atrios. Obstruyen

la escalera y ninguno empuja ni incomoda. Media docena de personas esperando un ómnibus de Londres hubiera necesitado más que ellos la intervención de un agente de policía.

Nosotros entramos por el palacio de las reales damas de Kandy, por la antigua Sala de Audiencias, con sus hermosos pilares, pero de no siempre agradable memoria (porque los reyes de Kandy solían a veces ser crueles); por patios en los que el aire se hacía cada vez más pesado, con el olor de las velas y el perfume de las flores del templo, Subimos una pequeña escalera, oyendo a medida que avanzábamos un murmullo de respeto cada vez más fuerte, y por fin cruzamos el umbral de la capilla donde se podía ver la reliquia.

Mi amigo, con los vistosos adornos de un jefe kandiano, nos recibió. Sobre su cabeza tenía un sombrero dorado con cuatro puntas, que brillaba con las luces. Su chaqueta estaba cargada de oro; bordados y joyas de inapreciable valor adornaban su persona, y en su amplio cinturón sostenía puñales y otros objetos que relucían bajo la luz de las lámparas eléctricas. La parte inferior de su persona estaba cubierta con amplios pantalones, que terminaban en los tobillos con preciosos adornos. Resultaba una combinación ideal de valiente, genial y fantástico. Su cordial apretón de manos y su agradable sonrisa que no nos dejó duda alguna sobre su buena acogida, y hablando en perfecto inglés, nos condujo a nuestro rincón privilegiado.

El aire era opresivamente caliente y cargado de perfumes. En realidad, el olor era intolerable. La capilla tendría unos ocho metros cuadrados y hallábase alumbrada por lámparas eléctricas. Desplegado sobre ella había un dosel todo bordado de oro. El centro estaba cercado con una baranda, y por donde pasaba la doble fila de gente había unas mesas largas y angostas, en las que se encontraban unas grandes bandejas redondas, llenas de pequeñas monedas, casi exclusivamente de cobre, ofrenda de los peregrinos. En el estrecho espacio que quedaba en el centro se hallaban cuatro sacerdotes vestidos de amarillo, con la cabeza y la cara afeitadas y la piel de un color marrón claro como el del cobre bruñido. Ellos guardaban una pequeña urna de cristal colocada a un lado, que contenía el Diente, mantenido en alto por un alambre de oro que se levantaba como un delgado estambre en medio de una flor de lotus dorada. Tres sacerdotes sosteniendo una flor blanca de templo, atada a un largo tallo, golpeaban dulcemente la urna de cristal y dirigían las miradas y el pensamiento de la apiñada muchedumbre hacia la reliquia.

El recuerdo de esa emocionante escena, del aire perfumado, del insufrible calor, del perfecto orden y de ese sincero respeto no se borrará nunca de mi memoria. "Despacio, despacio", murmuraban los guardianes cuando empujaban la corriente humana. Los tambores del templo vibraron y la quehumbrosa música en tono menor cantaba por voces agudas, cortó la solemnidad con una nota salvaje. "¡Sa-adhu! ¡Sa-a-ahdu!", se oyó en la escalera a través de los ocultos portales.

Aquí se veía una jovencuela, que aparentemente iba sola, tocando su frente con el revés de las manos, con ojos grandes y relucientes como piedras preciosas, con su cara iluminada por una luz mística, dejando caer su pequeño cobre en el montón y pasando luego de nuevo hacia el mundo, levantando su cabeza y mirando hacia atrás, para echar una última mirada al sagrado lugar. Allí había una anciana con su pelo gris y su piel toda arrugada, buscando su ofrenda, encontrándola por fin anudada en un trapo y, demasiado agitada para poderlo deshacer, emplear sus dientes en ello, y pasar luego como una persona que ha logrado la gran sabiduría, lista para acos-

tarse y esperar el último llamamiento. Así pasaban ellos, jóvenes y viejos, la que se tambalea y la que se pavonea; mujeres con una fila de hijos y hombres seguidos por sus familias, pero casi ninguna cara que no estuviera iluminada por la devoción, casi ninguna figura que no demostrara respeto. Esa cosa torcida, de un gris

azulado que se encuentra rodeada de oro en el estambre de oro, puede ser un fraude de los sacerdotes. Pero es el símbolo mágico de la fe. El significa algo para el corazón de millares de personas que entreabren las cortinas del cielo gracias a ella.

RAMSAY MACDONALD.

## dos poemas de rosamel del valle

### I

¿Cuál es la noche menos profunda en su nieve de olas que acude a mi llamado o a mi menor delirio?  
La fija persistencia de los sueños resbaladizos  
alumbra el único pie desnudo que circunda los cielos.  
En tan corta distancia, en tan fácil melancolía.  
Alegre en el clima profundo, en zona de árboles tardíos,  
en la tierra de dulzuras despiadadas.  
Y tú, larga fuga de días intranquilos, de noches castigadas.  
Y tú, color de océano, sabor de una muerte.  
Y tú, huella líquida de tiempo aproximado  
al brazo decaído, al azote del viento.  
¿Hacia dónde va gota a gota la ola de mi destino,  
mi sentido inclinado, mi sien de largas ramas?  
Sin resplandor como en un tiempo dichoso  
se refleja y llega el día y se ausenta del mismo modo.  
Dejo caer los brazos, el pecho, el delirio, la noche,  
sobre el lecho o el pozo de este mes infinitamente prolongado.  
Puede ser entonces por recordar el paso inseguro, las primeras lluvias,  
la tempestad desatada en los bosque del mundo,  
la vuelta del verano con sus cornetas de oro  
y luego su nueva muerte parecida a un relámpago.  
Paso a paso hacia la, más extraña isla de mil brazos,  
entre animales de piedra o pájaros opresos.  
Es el destino en fuga que va a orillar su propia sombra.  
A escoger su música de verde clima silencioso.  
A fijar el tiempo que habrá sobre su muerte.

### II

Es tiempo de contar los días de dulces atmósferas  
el signo azul que tarda en florecer en herida o en resplandor.  
Del mismo modo que abre su círculo el cielo  
y la gran gota de verde cabellera que luce su párpado  
y la estatura de cada planta de pálida espuma  
y el cuerpo del cielo y de la tierra en un océano bienhechor.  
¿De qué lado caminas, largo día de orillas rumorosas?  
Perfume sin perfume desde ciudades oscuras,  
en sangre y suspiros de terror impreciso.  
Puedo abarcar el cielo que cae hoja a hoja sobre el pozo de mis manos  
en larga fuga de palomas perdidas o animales en sueño.  
Cuando el viento ondea la cabeza de los caminos remotos  
es simple y precisa la soledad de la flor que me aproxima  
a los océanos que flotan  
como una oleada de espejos líquidos.  
Algo de mí está ebrio en su día y en su reposo.  
en actitud de animal de pálida presencia.  
Pero corren y se levantan, se levantan y caen las ásperas cortezas  
y las angustias sueltas desde el tiempo y la sombra.  
Huyen en tempestad de espadas lucentes o corolas  
y en muerte de soledad y alegría.  
El mismo tiempo de orillas espantadas o de blancas atmósferas  
puede ser el eco de animal desbocado o llama derramada.  
O sólo el viento, el viento nocturno.  
Las rudas sombras claras y los peces que huyen sobre sí mismos  
sobrepasan la orilla poblada de fantasmas de este día.  
De este día en que soplan altos fuegos entre árboles negros  
o caen en mi memoria de sonoro cemento.

ROSAMEL DEL VALLE.

# hablando con miguel de unamuno

## el pastor de almas



Unamuno.

Uno de los motivos que en mi ánimo influyeron para elegir como lugar de veraneo esta playa vasca, desde donde ahora escribo, fué el deseo de conocer personalmente a Miguel de Unamuno, con quien he sostenido en correspondencia epistolar una amistad de un cuarto de siglo. Sabido es que el profesor de Salamanca, maestro en variadas disciplinas e insigne carácter, reside en Hendaya, sitio por él elegido para vivir los lentos años de su destierro, por ser aquel un lugar de la frontera desde donde puede vislumbrar un jirón del cielo de España y sentir en comercio espiritual con sus compatriotas el calor de patria, tan necesario para Unamuno, como para ciertas aves zahareñas la libertad de los bosques, o de las cimas.

El nacionalismo de Unamuno, esa penetración de un espíritu en la sangre y en el alma de su raza, sin que por esto deje de ser un pensador que se interesa por todas las ideas y todos los pueblos, es la característica del autor de *El Sentimiento trágico de la vida*, que más me atrae y más me seduce en el insigne vasco. Y es que el hombre no llega a sentir hondamente lo humano-universal, sino tiene su espíritu profundas raíces en lo particular de su raza y de su pueblo. Nada existe en el mundo menos amable para Unamuno que los espíritus que reniegan de su casta y ambulan por todos los predios sin reconocer al propio. El cosmopolitismo es para él lo más opuesto a lo universal que pueda concebirse.

Enseguida de instalarme en San Juan de Luz, escribía Unamuno que deseaba hacerle una visita y que iría acompañado del doctor

Laureano Gómez, orador y publicista de gran relieve en Colombia. Debo advertir que yo invité al doctor Gómez a hacerle la visita a Unamuno, como buenos amigos que somos, pues el hecho de que disienta en la aplicación rigurosa a nuestro país de ciertas tesis de geografía humana, llevadas a su último extremo por el doctor Gómez, no me impide ser su amigo y reconocer en él a un hombre de gran talento que ha servido a la patria y que aún puede servirle con su energía y sus luces.

A mi carta, contestó Unamuno en términos tan amistosos como expresivos, "Encantado le recibiré cuando venga. Afortunadamente, o desgraciadamente — no lo sé — todas las horas son mías. Por la mañana no suelo salir de casa; de 2 a 3 y media en el "Gran Café", y luego... en fin a su servicio. Mi morada de verano — en que me acompaña mi familia — en la Villa Marie rue Pierre Loti, junto a casa en que éste murió. Excusado añadirle que recibiré con todo agrado, basta que le acompañe, a don Laureano Gómez, a quien saludo, y hasta la vista en que de hecho le estrechará la mano quien de deseo y de espíritu se la estrecha ya".

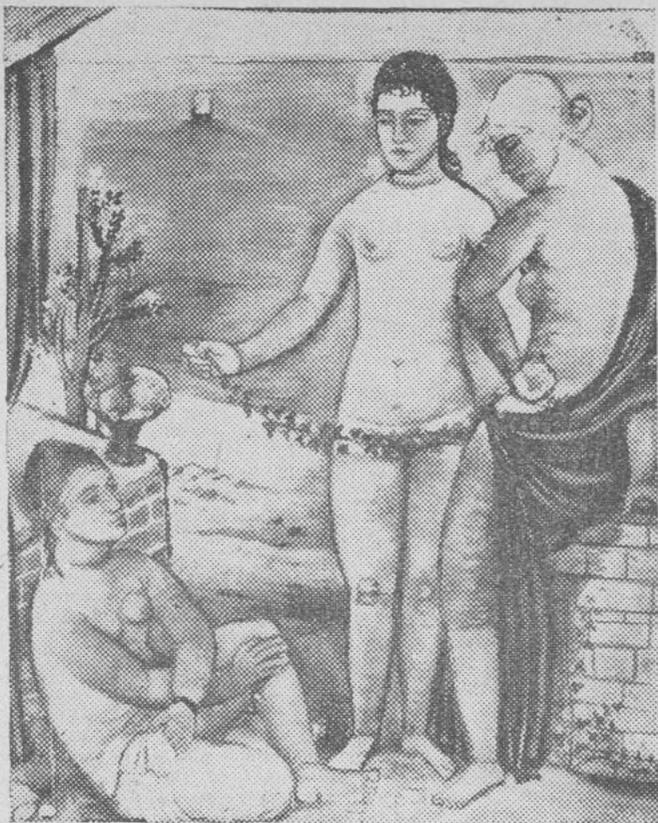
Al día siguiente de recibir esta esquela nos encaminamos a Hendaya — que dista de San Juan de Luz, trece kilómetros, en busca de Unamuno, y a la hora en que debería hallarse en el "Gran Café". Ya sabíamos, por ser bien sabido que hallaríamos al insigne maestro rodeado de sus amigos, un panadero, un campesino y un comerciante, jugando a las cartas.

—Allá veo al "hombre", dije a Gómez, cuando traspasamos el umbral de la sala del café.

Antes de que le hubiéramos dirigido la palabra, también él nos había reconocido y se adelantó a nuestro encuentro. Sus ojos negros, de vasco zahorí, brillaban con la intensa luz del que adivina que va a hallarse en presencia de corazones que no traicionan.

Yo he vacilado siempre en conocer a los hombres que admiro, porque he tenido grandes desilusiones al acercarme a ilustres personalidades: unas son demasiado herméticas o estiradas; otras trascienden vanidad, orgullo; éstas se defienden de nosotros con un silencio agresivo, aquellas son, o aparentan demasiado serlo, mo distas y recogidas.

Si yo visité a Unamuno, fué porqué sabía suficientemente que su corazón siempre jóve, florece como su espíritu. En el estudio que publicó hace veinte años, llamé a Unamuno "el verdico". Al hombre sincero, al creador dispuesto a dar a los otros lo mejor de lumbre interior, a ese era el que yo buscaba. No iba como reportero. Desconozco el arte del reportaje. Era un amigo, un ingenuo amigo del hombre que más bellamente piensa en español. A Unamuno hay que acercarse ingenuamente, como niños,



Pintura de Karl Hofer.

porque para Unamuno, según sus palabras, la única edad interesante del hombre se halla entre los diez y los diez y seis años. A Unamuno es casi imposible reportearlo. El habla y habla de materias diversas, entreviendo en su soliloquio las anécdotas del más puro sabor castizo y las paradojas, que son las genuinas verdades de su espíritu clarovidente, abrasado de amor por las cosas de la tierra. Mientras hablaba se complacía en modular figuras de miga de pan con sus ágiles dedos. Se diría que el movimiento de sus dedos corresponde al ritmo de su sangre y que para pensar necesita estar creando alguna figura plástica. Sus ojos poseen cualidad escultóricas. Con frecuencia construye figuras de animales y de objetos en papel. Es un juego de creador. Sus ojos ven clarísimamente las líneas y las proporciones de los seres. Resuelve por incidencias de los pliegues de una hoja de papel, problemas o axiomas de geometría. En un momento construye una mesa y el vaso con flores para colocarlo en ella. Sus animales de papel presentan un relieve de plasticidad admirable. Un editor alemán ha propuesto a Unamuno que componga un tratado sobre el arte de crear figuras en papel, que sería un libro solicitado en el mundo entero.

—¿En los dedos — le pregunto — reside la virtud que usted posee para construir esos maravillosos objetos cubistas?

—No, me responde — son los ojos los que aciertan a encontrar la línea precisa.

Primero en el "Gran Café", y otro día en casa del doctor Gómez, permanecimos durante horas — para nosotros breves — escuchando al maestro.

En la imposibilidad de transcribir, siquiera con mediana exactitud, los conceptos, juicios, y opiniones de Unamuno sobre diversos temas de sus estudios y variadas andanzas de su vida, me limitaré a recordar lo que nos dijo acerca del mayor de sus goces: pasearse por los campos:

—Yo soy un gran caminador. Con frecuencia recorro a pie la distancia, trece kilómetros, que media entre Hendaya y San Juan de Luz. En los caminos he aprendido siempre muchas cosas buenas. El que desee aprender algo, sobre todo en la ciencia del pueblo, que es la más antigua y respetable de las ciencias conocidas, váyase paso a paso, por los caminos, por los humildes senderos. Esos hombres de los campos saben mucho. Pero los que más saben no son los que cultivan la tierra y cosechan sus frutos; son los pastores. ¡Ah! los pastores me han enseñado cosas profundas de las que esconde el cielo. Los labradores como están constantemente mirando a la tierra, que es muda, tienen pocas ideas: sus pensamientos son pocos y silenciosos. En cambio, los pastores, como se hallan menos preocupados en su trabajo, tienen libertad de mirar hacia los horizontes y levantar de noche los ojos al cielo, saben los nombres de las estrellas, el nombre antiguo, y al hablar de los astros parece que se refirieran a personas amigas.

Los pastores conocen mejor que los labriegos los nombres y las virtudes de las plantas. El vocabulario de los pastores, en Castilla, cuenta por lo menos con cuatro mil palabras. Yo conozco las plantas, las flores y las menudas yerbas porque me las enseñaron a conocer los pastores en los caminos. El que desee aprender el idioma tiene que recorrer a pie los caminos. Yo distingo perfectamente a un escritor que ha recorrido los campos con los pastores, de otro escritor que ha aprendido el idioma en trato con los hombres de la ciudad y en libros. Esos escritores que no han estado entre los campesinos y los pastores escriben el castellano como si lo tradujeran de otra lengua.

Vea, usted, Cervantes y Lope, y todos los padres del idioma español, peregrinaron por los campos y conversaron con los pastores.

Gómez y este cronista escuchan embelesados al maestro. Pero ya llegará el momento en que le hagamos algunas preguntas.

Mientras yo observo con interés la hermosa cabeza de Unamuno, cubierta de cabellos blancos; su frente amplia que deja entrever el hervir bullidor de su sangre cerebral; sus ojos de penetrantes miradas; el vigor de su busto y la frescura de su cutis, anotando, interiormente, un parecido con Hugo, cuando éste tenía sesenta años, el doctor Gómez le hace diversas preguntas. Pero el maestro, sin concretar sus respuestas, evita algunas cuestiones, yéndose por caminos y senderos sin detenerse en un sitio preciso.

—¿A qué atribuye, maestro, el que sea tan numerosa la gente española en estos pueblos de la frontera francesa?

—El español tiene la virtud de expansión en grado más intenso que el francés.

Gómez piensa (pero no expresa su pensamiento), que en opinión de Blünes y Valleaux, hay dos clases de fronteras: las de tensión, constantemente invigiladas por los Estados y por las cuales la penetración de un pueblo a otro es muy difícil; las fronteras neutrales entre pueblos de igual poderío militar y económico. Las fronteras de tensión separan a pueblos rivales, enemigos. Por las neutras penetra siempre el pueblo menos rico en el territorio del de mayores potencialidades económicas.

—¿A qué atribuye usted, — me aventuro a preguntar a Unamuno — el mayor progreso de Francia en relación con España?

—Está por ver que sea superior el desarrollo de la civilización francesa sobre la española.

—¿Qué significa en vascuence el apellido Unamuno?

—Vea usted. Un labriego analfabeto (y cuenta que entre los analfabetos, ha encontrado gentes que saben mucho, pero mucho más que los chicos de las ciudades, que leen periódicos), un campesino me enseñó a conocer el asfodelo de los griegos, que se llama en estas comarcas gamona. Yo he conocido poetas que citan en sus versos la palabra mirto y que no eran capaces de reconocer entre varias plantas el mirto. Unamuno significa en vascuence "golina de asfodelos".

—Y Berrío ¿qué significa?

—Berrío "es nuevo".

—Los estudiantes bogotanos han adoptado la boina vasca. ¿De dónde procede la boina, maestro?

Unamuno, hace un gesto de sorpresa, y luego dice:

—La boina es de origen francés. En el año de 1834 empezó a usarse entre los vascos españoles.

Al tratar de su confinamiento en una isla española y de la manera como salió de ella, nos cuenta Unamuno anécdotas de un aticismo encantador. Sintióndome incapaz de retener la frase animada y plástica de Unamuno, la viveza, de sus imágenes, la agilidad de sus conceptos y aquél soplo de vida que su palabra infunde a las cosas, prefiero abstenerme de referirlas.

Mientras permanecíamos en el "Gran Café", fueron varios los compatriotas de Unamuno que llegaron a presentar su homenaje al maestro, cuya autoridad moral se acrecienta día por día.

Fuerte, a manera de una encina vasca, sencillo como un pastor de sus montañas, otea con mirada aquilina los horizontes de su España, esperando siempre. (1) porque Unamuno, a semejanza de Esquilo confía en el Tiempo y en su compañera divina, la Esperanza.

MAX GRILLO.

(1) Como se sabe, el reciente fin de la dictadura, ha permitido el regreso de Unamuno a España.

## c a n c i ó n

(Para "Letras").

Eres como una aldea  
O como una antigua casa;  
A tu lado desaparezo totalmente  
Cuando me hablas.

Canto a la buena hormiga,  
y al gusano, y al pájaro y a la yerbecita humilde,  
si me miras  
con los ojos entornados...

¿Por qué será así y no de otra manera?  
De un amarillo moribundo  
serían mis palabras, si llegara la hora,  
de decirte al desnudo:  
¡Alma!...

Y no decirte más,  
ni de agua, ni de luna,

A tu lado el sentirme es tan liviano  
que hasta la tierra toma novedades de aire,  
y de estrella nevada:  
hay un deseo de ser pájaro,  
canción, hablar de pueblo.  
O nada,

Eres como una aldea,  
o una casa.

Las estrellas maduran como frutos  
esta noche.

Y tú no sabes nada.  
Aldea...

# n o t a s

## LETRAS

Nuestra revista aparece ahora totalmente transformada. Su actual formato, tapas en colores y demás novedades de su estructura gráfica no pretenden señalar una diversa etapa de su vida, sino una nueva orientación tendiente a buscar el rumbo definitivo. "LETRAS", como ya lo ha dicho en otras ocasiones, no tiene nada de dogmático, ni cree haber aparecido a la vida reuniendo en excelencia todas aquellas condiciones que

reunir una revista de su género. En Chile, puede hacerse una publicación literaria sino por fuerza de tesón y de sacrificio. Nuestro público, ha hecho a "LETRAS" una excelente acogida, pero nuestro campo de acción necesita ampliarse para poder mejorar y vivir. En busca de esos horizontes más amplios va esta reforma actual.

"LETRAS", pese a las dificultades con que inevitablemente ha de encontrar en Chile una publicación de su género, cree haber hecho una labor interesante y fecunda. Las mejores firmas nacionales, figuran de continuo en sus páginas y los valores extranjeros son difundidos en traducciones especiales, a las cuales damos gran interés. Se nos ha reprochado ser "incolores", no estar afiliados a tal o cual movimiento estético, o ser una revista de batalla. Hemos querido con esto hacer una obra más perdurable que la de abrir una determinada escuela y entablar combates, casi siempre estériles.

Ojalá nuestros lectores aprecien lo que significa el nuevo esfuerzo que hacemos para mejorar nuestra publicación.

### LAUTARO ALVIAL

Nuestra portada y algunos de los lineoleums anteriores de este número de "LETRAS", pertenecen a Lautaro Alvial, artista que, con su hermano Aníbal, realiza la más interesante obra de grabado en lineoleum y madera que se haya hecho hasta hoy en Chile. Lautaro Alvial es también un pintor de grandes aciertos. Su temperamento y su personalidad le abren el mejor camino de triunfos.

### ALBERTO GUILLEN

Este poeta peruano, residente en la actualidad en Río de Janeiro, gran amigo de "LETRAS", nos envía las traducciones que ofrecemos en este número con el título de "4 poetas braberos". Guillen trabaja activamente en varios álbumes, uno de ellos de impresiones de su paso por Chile, donde dejó tantas simpatías.

### MARIO CHABES

Se encuentra entre nosotros el poeta peruano Mario Chabes, autor del interesante libro poemático "Ccoca". Chabes permanecerá algún tiempo en Santiago. Nos complacemos en saludarlo.

### NUESTRO PROXIMO NUMERO

En nuestro próximo número esperamos estar en condiciones de inaugurar una sección de debate nacional y extranjero, con críticas justicieras para lo nuestro, y amplias informaciones del exterior. Ese número traerá artículos de Armando Donoso, Rafael Maluenda, Raúl

Silva Castro, Tomás Lago, Jacobo Danke, Lautaro Yankas, Arturo Torres Rioseco, etc. y poemas de Angel Cruchaga, Salvador Reyes y otros.

### "ATACAMA"

En Copiapó empezará a publicarse una gran revista que será el reflejo de todas las actividades de esa provincia. Dirigirán esta publicación Carlos Ramírez y Graciela Navarrete. La parte literaria estará a cargo de Héctor Mieres Novoa.

"Atacama" contará con 200 páginas lujosamente impresas. En su primer número será un índice del pasado de esa provincia, de su presente esforzado y de sus esperanzas para el futuro.

Digna de todo apoyo es esta publicación, destinada a poner de manifiesto los valores intelectuales y económicos de una de las regiones más interesantes del país.

### "GONG"

Esta revista de la avanzada literaria de Valparaíso ha hecho su entrega de Marzo, con un número en que colaboran, Miguel Angel Urquiza, Salvador Reyes, Oreste Plath, Mario Bonatti, Julián Petrovich, Lucía Condal, etc.

### PREMIOS LITERARIOS DE FRANCIA

En uno de nuestros números pasados publicamos la lista de los novelistas franceses que han recibido el Premio de la Academia Goncourt. Ahora damos la de los que han sido agraciados con el Premio "Femina Vie Hereuse". Este premio fué creado en 1904, cuando la Academia Goncourt, negó la recompensa a Myriam Harry, por tratarse de una mujer. El Premio Femina fué creado para remediar este hecho, considerado injusto por una buena parte de los intelectuales y lectores franceses, y para premiar cada año la mejor novela sin tomar en cuenta el sexo del autor. He aquí la lista de los que han recibido el Premio Femina, con el título de la obra respectiva:

- 1904.—Myriam Harry, le Retour de Jérusalem;
- 1905.—Romain Roland, Jean-Christophe;
- 1906.—André Corthis, Gemmes et Moires;
- 1907.—Colette Yver, Princesa de science;
- 1908.—Estaunié, la Vie secrète;
- 1909.—Edmond Jaloux, le Reste est Silence;
- 1910.—Marguerite Audox, Marie-Claire;
- 1911.—Louis de Robert, le Román d'un malade;
- 1912.—Jacques Moral, Feuilles mortes;
- 1913.—Camille Marbo, la Statue Voilié;
- 1914, 1915, 1916, no hubo premio;
- 1917.—Maurice Larrouy, l'Odyssee d'un transporte torpillé;
- 1918.—Henri Bachelin, le Serviteur;
- 1919.—Roland Dorgetes, les Croix de bois;
- 1920.—Edmond Geoton, le Jardin des Dieux;
- 1921.—Raymond Escholier, Cantegril;
- 1922.—Jacques de Lacretelle, Silbermann;
- 1923.—Jeanne Galzy, les Allongés;
- 1924.—Charles Derennes, le Bestiaire sentimental;
- 1925.—Joseph Delteil, Jeanne d'Arc;
- 1926.—Charles Silvestre, Prodige du coeur;
- 1927.—Marie Le Franc, Gran Louis l'innocent;
- 1928.—Dominique Dunois, Georgette Garoud;
- 1929.—Georges Bernanos, la Joie;

# c i n e m a

## INTERROGADO POR UN CRONISTA, AZORIN HA EXPRESADO INTERESANTES CONCEP- TOS SOBRE EL CINE

Respondiendo a las preguntas que le formulara un colega madrileño, Azorín ha expresado lo siguiente sobre el cine:

"El cine me interesa como distracción y como arte. Creo que el cinematógrafo tiene cierta superioridad sobre el teatro. Esta superioridad consiste principalmente en lo que se llama la ambivalencia de imágenes. El cinematógrafo permite expresar dos estados espirituales totalmente distintos. Esta valorización de planos es indudablemente una superioridad enorme sobre el teatro. El teatro se vale de los apartes para expresar los estados de conciencia provocados por las interpelaciones de los personajes al producir en uno de ellos, si éste es humano, la reacción que era de esperar. Los apartes son un procedimiento anticuado e ineficaz.

"En cambio, el cinematógrafo, pese a su rudez, expresa con toda plasticidad las emociones de todos y cada uno de los personajes que intervienen en la obra... Por ejemplo, supongamos que en una casa hay un ser enfermo. Este enfermo sufre una gran fiebre, y por consecuencia de ésta, el termómetro, que en otras ocasiones es un simple instrumento médico, adquiere ahora una máxima categoría. Todo en la acción gira en torno del termómetro, que no, es más que el símbolo expresivo de una vida en peligro... En todos los semblantes se refleja la emoción. Todos están pendientes de las alteraciones del termómetro... Véase, pues, que el termómetro es, en cierto modo, el verdadero protagonista... En el cinematógrafo esta valorización absoluta, egocéntrica, que adquiere el termómetro, por efecto de su representación— ya sabemos que el símbolo no existe sino en cuanto tiene una correspondencia directa con lo simbolizado— alcanza toda su plenitud, toda la jerarquía que le pertenece... En el teatro esto sería totalmente inexpresable..."

### RADIOGRAFIA DE CHAPLIN

por Xavier Abril

1 La realidad de Charles Chaplin, pertenece a todos menos a él. Cada aventura de Chaplin es una pérdida de su realidad. Esta es la creación pura, teniendo en cuenta el escape de los sueños.

2 Chaplin escamotea el sentido burgués de la rotación. Por eso los hombres gordos son tan encantadores y tan sin destino serio al lado de Chaplin. Siempre falta atmósfera a los demás cuando Chaplin se mueve.

3 La intención de Chaplin está ya en los ovarios de las madres contemporáneas.



Charles Chaplin a lo Van Dyck.

4 Los bebés dicen Chaplin y se orinan. En Virginia, para que los niños se queden dormidos, les dan teta y Chaplin.

5 La soledad de Chaplin está en el Polo más que en el Circo, que es una manera cablegráfica, radiográfica del Polo.

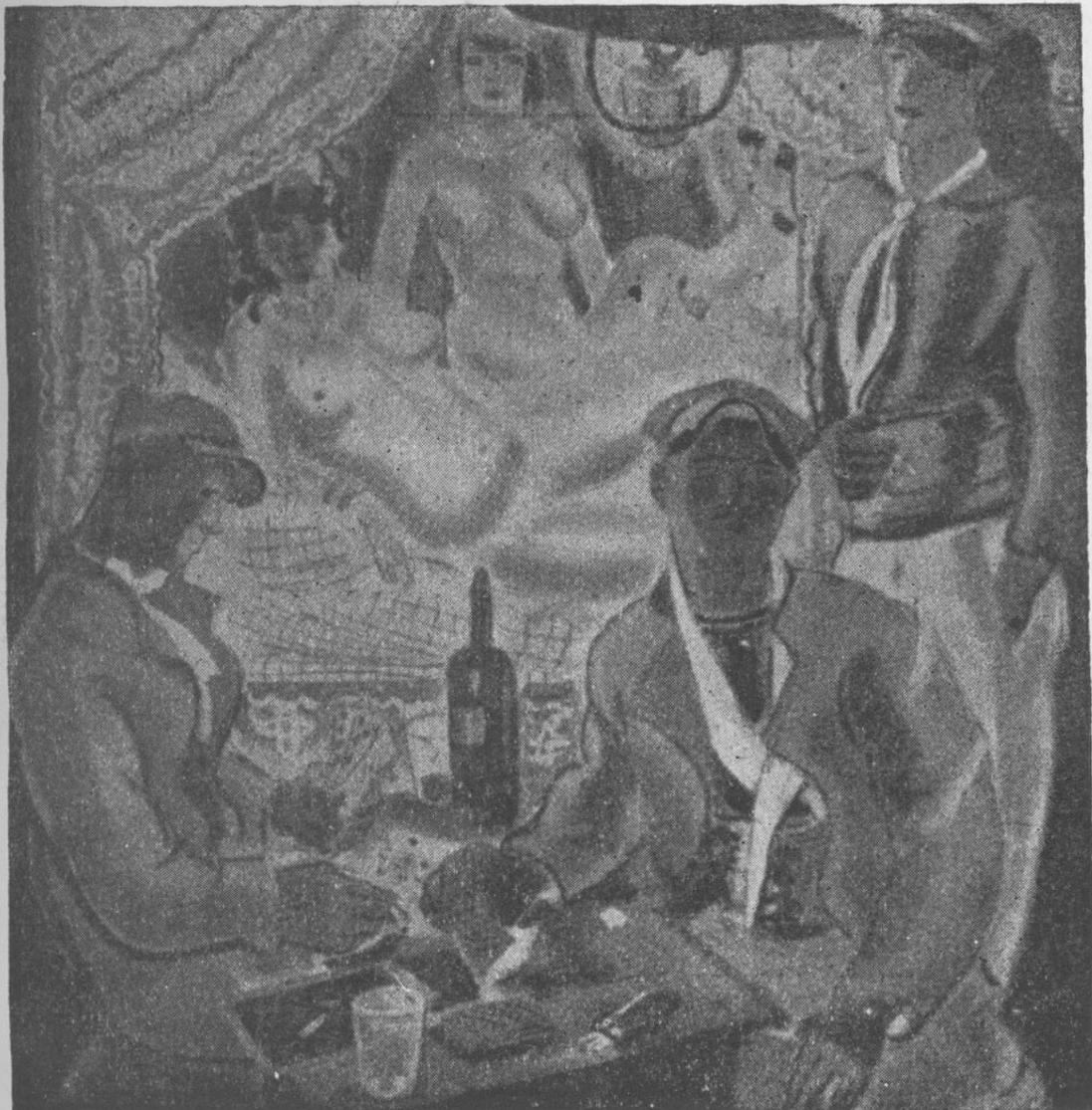
6 La sonrisa de Charles Chaplin la siento salida de la infancia de mis crespos, de mi primera manera de ser en el mundo.

7 Chaplin—freudianamente—es en su creación como debería "ser" en la vida. Esta es su tragedia corta, a veces larga por las mangas, por lo ancho, por un solo ojo, de soslayo en los números blancos de las Bolsas Panteones.

8 Charles Chaplin fué el primero que nos anunció el desencanto del Romanticismo, y si algo tuvo de sentimental, fué su erratismo judío, su malestar del mundo.

- 9 Los zapatos de Charles Chaplin son épicos, apoleónicos. Su jacquet es de Musset con el reuerdo almibarado de una cuita amorosa. El jacquet de Chaplin tiene el llanto del Romanticismo como marca de fábrica.
- 10 Chaplin tiene la técnica prestada al pobre. Está ante una hilera de puertas cerradas, Chaplin, sabe, además, que las puertas de la burgesía sólo se abren por dentro.
- 11 De espaldas, Chaplin es un fotógrafo que hubiera retratado a cojos, tuertos, inválidos de la guerra.
- 12 Las películas de Chaplin, una vez expuestas, captan nuevas sensaciones del mundo.
- 13 Chaplin está divinamente en el mundo. Es imposible prescindir de su bigotito en la Pascua. Chaplin ha reemplazado a los reyes magos.
- 14 En los zapatos de los niños, Papá Noel pone Chaplin. Pero Chaplin se ríe de Noel.
- Los niños engordan demasiado viendo a Chaplin.
- Chaplin debería manufacturarse. Y así como se compra una villa o un automóvil, se debería comprar Chaplin.
- 17 El patetismo de Chaplin está inspirado en los maniqués de las sastrerías pobres.
- 18 La atmósfera del Polo es la misma de las carpas de Circo. Hace una temperatura bajo cero. Se teme al oso y al esquimal.
- El tongo de Charles Chaplin anuncia el "buen tiempo" en el Atlántico.
- En la película del Circo, Chaplin llega a la soledad, oscuridad límite. Chaplin se sale de la vida por una circunferencia de cielo.
- 20 Las apariencias de Chaplin tienen algo de chantaje. Se le ve descender por un ascensor de nubes, patético, solo, palo, pálido. Chaplin tiene cara de paloma y de rama de oliva.
- 21 Todos guardamos algún parecido con Chaplin. Yo encuentro que mi ombligo es mi infancia y Chaplin.
- 22 Algo de la historia sagrada debió escamotearse en máquina, para que hubiera podido nacer Chaplin en el mundo por el pie izquierdo, izquierdo, izquierdo.
- 23 Chaplin se interioriza en algunos gordos, viejos espectadores, de una manera dolorosa.
- 24 Ese mechón de pelo negro que le cae a Chaplin sobre la frente, parece que hubiera leído las "nubes de antaño". nubes negras, de luto, de capilla fúnebre, de Egreemn.
- 25 Chaplin salió por un costado de la Luna en las noches de suma obscuridad.
- 26 En las noches de viento y lluvia, Chaplin está mojado y con paraguas, Chaplin es un absurdo que se mira en el espejo. El sabe que es un absurdo.
- 27 A Chaplin los barredores de la madrugada, lo encuentran todos los días muerto entre los papeles de los recipientes de la baja-policía.
- 28 Viendo a Chaplin por primera vez, se puede creer que se trata de un bombero con pésima disposición para el amor. Chaplin tiene rajado su pecho sentimental. Tiene grietas en los párpados, por donde le mana un agua negra que ha hecho ese sombrío gesto de celuloide de sus ojos.
- 29 Chaplin es el Hombre Nuevo por que es el anti-Don Juan. Es amorosa y terrestremente humano, lo que no exige que sea cobardemente enamorado. El hombre NUEVO crea a la mujer en una última intención narcicista. Esto es. Y muy bien.
- 30 Por otra parte, Chaplin tiene una salud magnífica. El puede ser un aventurero en el Polo, en silencio, sin servicio de cable y sin probar nada.
- 31 Chaplin es el más grande místico de la práctica. Chaplin, blanco, aéreo, ve más allá de San Juan.
- 32 Uno se puede encontrar con Chaplin a la salida de un reservado, y el azorarse como un niño por no estar en celuloide, en film, a esa hora.
- 33 En el Cantábrico hay peces a las siete de la noche, que se parecen a Chaplin.
- 34 Chaplin: una flor roja en el ojal pero una pésima suerte para las conquistas. Chaplin: próximo viaje a España para estudiar el Don Juan.
- 35 Quevedo tendría vivos deseos de conocer a Chaplin.
- 36 Quevedo y el Cid dicen de Chaplin que es un percebe.
- 37 Chaplin inaugura la NUEVA HUMANIDAD

# un grabado de dignimont



Atmósfera de puerto nocturno... Tabernas cerca del mar, casas donde todas las mujeres tienen la piel tatuada por sus infinitos pecados, y los hombres alzan las manos pesadas de caricias, y de gestos violentos... Desnudeces impúdicas y divinas... Afuera el mar golpea el corazón de la noche y canta una canción que nada promete.

He aquí un grabado de Dignimont, el ilustrador de Mac Orlan y de tanto otro gran novelista francés, Dignimont, el pintor de los puertos... Sus hombres tienen rostros tallados por la aventura y sus mujeres muestran sus encantos como frutas maduras al sol de todos los cielos...

He aquí un grabado de Dignimont, que podemos "respirar", como un acre perfume.

# LIBROS IMPORTANTES

**BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA**

Dirigida por el profesor HENRI BERR.

## La evolución de la humanidad

de 400 a 700 páginas, con ilustraciones cada tomo. (Pida datos)

**CADA TOMO \$ 18 (SE VENDEN SEPARADOS)**

Esta Historia Universal anula y rectifica cuantas se han publicado hasta la fecha. Es el mejor instrumento de cultura que ofrece la Bibliografía de todo el Mundo.

A ella están consagrados los profesores más eminentes de Europa. Volúmenes puestos al día, ya que se publican a medida que los autores entregan sus originales.

Las ilustraciones son las que exige la mayor claridad del texto.

## “Carlos VII, duque de Madrid”

**POR EL CONDE DE RODEZNO.**

Acaba de aparecer este nuevo volumen de la famosa biblioteca “Vidas españolas del siglo XIX”. Es una historia completa, una exposición sistemática e insuperablemente documentada de todo el “carlismo”, del movimiento político que convulsionó a España en el siglo pasado. Libro tan erudito y documental como instructivo y ameno. \$ 7.50

**DENTRO DE POCOS DIAS RECIBIREMOS:**

## “Grandezas y Miserias de la victoria”

**LA OBRA POSTUMA DE**

**Georges Clemenceau**

Libro sensacional, cuyo anuncio ha despertado formidable expectativa en todo el mundo.— Unica traducción íntegra en español.

**HAGA USTED RAPIDAMENTE SUS PEDIDOS.**

**PEDIDOS Y ENCARGOS A**

**librería**  
Barcelona-Santiago

**SALVAT**

AGUSTINAS 1043  
CASILLA 2326.—  
SANTIAGO

El mejor surtido de libros en la mejor Librería